RICARDO BLASCO

El drama de los venenos

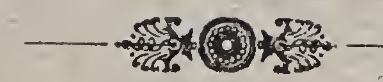
(L'AFFAIRE DES POISONS)

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS

DE

VICTORIEN SARDOU

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

EL DRAMA DE LOS VENENOS

EL DRAMA DE LOS VENENOS

(L'AFFAIRE DES POISONS)

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS

DE

VICTORIEN SARDOU

traducción española de

RICARDO BLASCO

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del
23 de Diciembre de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1910

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MAD. DE MONTESPAN	SRA.	SALVADOR.
LA VOISIN	SRTA.	CANCIO.
MLLE. DESEILLETS	SRA.	SORIANO.
MLLE. D'ORMOIZE		BÁRCENA.
MAD. D'HUMIÉRES	SRTA.	LE-BRET.
MAD. DE NEVERS		MEDINA.
MAD. DE BRISSAC		GARCÍA.
MARGARITA VOISIN		ROBLES.
MARGOT	SRA.	BUENO.
MAD. FENARDENT	SRTA.	RUIZ DE VELASCO.
MAD. LAMPÉRIER	SRA.	BOFILL.
MAD. DE VITRY		JIMÉNEZ.
DUQUESA DE BOUILLÓN	SRTA.	TAFALLA.
PRINCESA DE TINGRY	SRA.	CALVO.
LA DELFINA		BUENO.
LA FONTANGES	SRTA.	RIQUELME.
EL ABATE GRIFFARD	SR.	DÍAZ DE MENDOZA (F.)
LUIS XIV		DÍAZ DE MENDOZA (M.)
COLBERT		JUSTE.
LA REYNIE		PALANCA.
LOUVOIS		CIRERA.
HECTOR DE TRALAGE		MARTÍNEZ TOVAR.
DESGREZ		DÍAZ.
DE POMMEYRAC		DEL CERRO.
D'AQUIN		URQUIJO.
SAGOT		CARSÍ.
DE CESSAC		VARGAS.
DUQUE DE VENDOME		MEDRANO.
LESAGE		SANTA ANA.
DE VISÉ		GUERRERO.
ABATE GUIBOURG		BERENGUER.
UN UJIER		PARDO.
UN SARGENTO		LÓPEZ BENETY.
UN NEGRO		MONTENEGRO.
MAYORDOMO		LÓPEZ ALONSO.
CARLONI		GUERRERO.
ALDÈANO 1.°		URQUIJO.
IDEM 2.°		VARGAS.
IDEM 3.°		FERNÁNDEZ.

Damas, cortesanos, lacayos, soldados, etc., etc.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La evasión

Una ladera en la margen derecha del Var, cerca de la aldea de la Gande. Al fondo, muy visible, el Var; del otro lado la campiña de Niza, y á lo lejos las cimas de los Alpes. Hacia la derecha el mar la bahía de los Angeles, Niza y su antiguo Castillo.

En escena, en primer término á la izquierda, un enorme algarrobo y el tronco de un olivo secular forman una especie de refugio. A la derecha otros árboles, arbustos, rocas.

En el centro de la escena dos troncos de olivos centenarios, á cuyo alrededor serpentea un sendero pedregoso que baja hasta tercer término hacia el río. Todo alumbrado por los resplandores rojizos del sol poniente. A derecha é izquierda salidas practicables.

ESCENA PRIMERA

GRIFFARD y CARLONI; luego ALDEANOS

Ambos miserablemente vestidos: calzones que fueron rojos, casi negros de roña; camisas de lienzo crudo, descalzos. En la cabeza, Carloni un mal sombrero de paja, agujereado, deformado; Griffard un pañuelo hecho girones. Están á la izquierda junto al algarrobo, acurrucados, inquietos. Carloni, encaramado sobre el tronco, mira por entre las ramas hacia la izquierda

GRIF. ¿Los ves?

CAR No. Han renunciado á perseguirnos.

GRIF. (Mirando hacía el mismo lado.) ¿Dónde estamos?

CAR. Cerca de la Gande.

GRIF. ¿Aquel pueblecillo, allá abajo?

CAR. Sí... (Bájase del árbol.) En cuanto esos malditos aldeanos saben que algún galeote se ha escapado, andan como locos á darle caza para ganarse la prima.

GRIF. ¿Y cómo han conocido que somos galeotes, con estos espanta-pájaros que hemos cogido en las viñas para reemplazar nuestros gorros?

CAR ¡Tienen un olfato!... Aquí estamos bien escondidos y podemos respirar un poco.

GRIF. ¡Sí... desde anoche corremos como gamos! Gracias que tú conoces estas tierras.

CAR Sí; soy de Niza; desde aquí se ve. ¡Mira, aquella raya blanca! Y el antiguo castillo.

GRIF. (Mirando.) ¿Entonces, ese río es el Var?

CAR. El mismo. Y del otro lado, en las tierras del Duque de Saboya, nada tenemos ya que temer. ¿No conoces allí á nadie?

GRIF. ¡A nadie!... Pero tengo una hermana en Holanda y le escribiré para que me mande dinero. (Se sienta sobre una gruesa raíz del árbol. Durante toda la escena no cesan de estar inquietos, ojos y oídos en acecho.)

CAR Y le pondremos un buen cirio á San Lorenzo, mi santo y patrón, en acción de gracias por esa racha de viento que ha estrellado nuestra galera contra las rocas de los Monjes y nos ha facilitado la fuga. En lugar de echarse al Esterel, nuestros compañeros hubieran hecho mejor en venirse con nosotros. Es el camino más corto y más seguro.

GRIF. Sí; pero hay que pasar el río.

CAR En cuanto anochezca, que no tardará; y no viene crecido. ¿Ves esos islotes de arena? La cosa es nadar del uno al otro. ¿Tú sabes nadar?

GRIF. Muy bien.

CAR ¡Yo no! Pero tú me ayudarás. ¡Gran suerte fué la mía en escaparme contigo! (Se sienta en una piedra delante del árbol.) ¿Hace mucho que remabas?

GRIF. ¡Más de dos años!

CAR. ¡Yo tres!... ¿Y qué hiciste para ello?

GRIF. Nada... Cosas de la política.

CAR ¿Eres cura?

GRIF. No.

CAR. Como te llaman «el Abate».

GRIF. ¡Abate, sí; pero tan cura como los monsiñores italianos! Abate de corte. Profesor de filosofía y bellas letras, historia, latín, griego... y además gacetero.

CAR. ¿Y por eso te mandaron á galeras?

GRIF. Por opiniones que no estaban de acuerdo con las del señor de Louvois.

CAR. (De pie, inquieto, yendo á mirar por la izquierda mientras habla.) ¡Bueno! Algo más habrá que no quieres decir.

GRIF. No hay nada más.

CAR. Bueno; pues á mí me condenaron por matar en Marsella de una puñalada, á un imbécil que me andaba con burlas en el juego de bolos. Y lo más chistoso fué que me prendieron como Carloni, y no sabían que ya me andaban buscando como Lafleur, por algo peor... ¡La muerte del Duque de Saboya!... ¡Tú habrás oído hablar de eso... tú que andas en las gacetas!

GRIF. Sí. Hace cuatro años. El Duque murió repentinamente... envenenado dijeron...

CAR. Eso es. Y quien dió el golpe fué un tal Chasteuil. (Vuelve á sentarse en la piedra.) ¡Ah! Ese sí que tuvo aventuras. Figúrate que primeramente era caballero de Malta y capitán de Guardias de Monseñor el Príncipe de Condé... ¡Luego, sin saber por qué, se hace corsario! ¡Cogido por los berberiscos y vendido en Argel como esclavo! ¡Lo rescatan, viene á Marsella, entra en las órdenes, y cátale prior de los Carmelitas! Introduce una joven en el convento... ¡A poco en cinta!... ¡Un estorbo.. la estrangula y la entierra en la iglesia!...

GRIF. ¡Oh!

CAR. ¡Lo pescan, van á ahorcarle!... Al pie de la picota su amigo el capitán de Vaneus con un puñado de soldados le salva. Ambos se escapan á tierras del Duque de Saboya, que

hace á Chasteuil capitán de sus guardias de la Cruz Blanca y preceptor de sus hijos. Entonces le conocí. Y Chasteuil con ayuda de Vaneus, de Cadejan, banquero de París, del señor de Bachimont y otros dos, familiares y amigos de la Duquesa, envenenaron al Duque, estando de caza...

GRIF. ¿Y tú trabajaste en eso?

CAR. Con ellos y bien pagado. Dos mil ducados en oro fino, que encontraré en París, donde los guardé, en casa de una dama amiga mía. (Va á levantarse.)

GRIF. (Deteniéndole.) ¿Y los otros, tus cómplices?

CAR. ¡Oh! los otros, poca suerte tuvieron. Cadejan, Bachimont y Vaneus, denunciados no se sabe por quien... ¡Todos presos!... Y Chasteuil muerto en Verceil... desgraciadamente... porque preparábamos un golpe aún más majo... ¡Diantre! ¡Qué sed tengo!

GRIF. Ya beberás más de lo que quieras al pasar el río.

CAR. Dentro de una hora. ¡Largo trecho!... Me pareció oir de éste lado, (Indicando la derecha.) ruido de agua corriente... Ha de haber por ahí algun arroyo. (Pasa por delante de Griffard.)

GRIF. (Deteniéndole.) Si te ven...

CAR. ¡Bah! Ya están lejos... (Sube con precaución hacia el fondo, al abrigo del olivo, echa una ojeada hacia la izquierda, para asegurarse de que no le ven y llega rápidamente á la derecha segundo término, por donde desaparece.)

GRIF. (Solo, de pie, siguiéndole con la vista.) ¡Es un abominable bribón!... Si me valiera dejarle ahí plantado... Pero qué... Un compañero de miseria, de evasión, de peligro, que me ha enseñado el camino... que puede ahogarse atravesando el rio sin mi ayuda... No; yo no puedo hacer eso... ¡No puedo!... Pero una vez al otro lado del agua y en salvo... ¡ah! bandido... ¡Con cuánto gusto te perderé de vista! (Carloni reaparece á la derecha primer término. En el momento en que va á reunirse con Griffard, suena un tiro á la izquierda. Su sombrero de paja rueda por tierra.)

CAR. ¡Bandido! ... ¡Me ha matado!

GRIF. (Corriendo á él y sosteniéndole le arrastra á la izquierda, donde Carloni cae, delante del algarrobo.) ¡Ah! ¡Desgraciado!

CAR. ¡Ah! ¡Santo Patrón! ¡Muerto soy!

GRIF. (Entreabriendo la camisa de Carloni.) ¡No veo nada!

CAR. ¡Sí... sí! ¡En el costado!... ¡Me quema por dentro!... ¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... (Gime.) ¡Oh!

GRIF. (Bajando la voz.) ¡Ah! ¡sí!... ¡aquí!... ¡ya veo!... ¡Vamos, valor! ¡Valor! (Desgarra la camisa para restañar la sangre.)

CAR. ¡Oh! ¡Póvero! ¡Pobre de mí! ¡Ya no podré correr!... ¡Ni andar!

GRIF. ¡Sí; sí!... ¡Yo te llevaré!

CAR. ¡Oh!

GRIF. ¡Calla!... ¿Los oyes?... ¡Cállate!... (Se acurruca contra Carloni, bajo el árbol, ahogando sus gemidos con las manos. Tres aldeanos aparecen viniendo de la izquierda por el fondo; traen malas escopetas de caza; miran por el sendero que baja hacia el Var. Uno de ellos se adelanta al centro de la escena, sin ver á los dos hombres ocultos bajo el algarrobo.)

ALD. 1.º (Desde el fondo.) ¡Te digo que son dos!

ALD. 2.º Uno solo, te digo yo; con sombrero de paja.

ALD. 3.º Míralo aquí. (Recogiendo el sombrero que cayó á la derecha.)

ALD. 2.º Seguro que le dí.

ALD. 3.º Se habrá escapado por allí, hacia el río. Tomad vosotros por el sendero. (Se lanza por el segundo término á la derecha. Los otros dos corren al fondo por el sendero.)

GRIF. (Levantándose y mirando; á Carloni.) ¡Se fueron!

CAR. (Incorporándose.) ¡Ah! ¡Yo también me voy!... ¡Siento la muerte que me hiela!

GRIF. ¡No!

CAR. ¡Sí, sí! ¡Y en pecado mortal!.. ¡sin confesión... un pecador como yo!... ¡confiésame!... ¡Pronto! ¡Pronto!

GRIF. ¡Pero si no puedo!.. ¡No soy cura! ¡Ya te lo he dicho!

CAR. ¡Ah! ¡Mísero de mí!... ¡Me condenaré!... ¡Ah! ¡Santa Madona!... ¡Escucha... para rescatar mi alma... escucha!

GRIF. ¡Sí!

CAR. (Anhelante.) Irás... ¡Ay, Dios mío!... Irás á la calle Beaurgard, en París... cerca de la iglesia de la Buena Nueva...

GRIF. Sí.

CAR. ¡A casa de la Voisin, una adivinadora muy conocida!... La amiga de Vaneus, de Chasteuil y de los otros.. mi amante... ¡Allí, en su casa, en el jardín, es donde tengo escondidos, detrás de un banco, mis ducados, mi tesoro! Lo repartirás con ella y hareis decir misas todos los días para rescate de mi alma... ¿lo oyes?

GRIF. Sí.

CAR. (Su voz se debilita) ¡Dos años seguidos!... ¡Para sacarme del infierno!.. ¿Lo haréis?... Si no lo hacéis vendréis conmigo, miserables... Misas todos los días... ¡Todos los días!

GRIF. ¡Sí, sí!

CAR. ¡No veo ya!... ¡Yo!... ¡Ah, póvero! ¡Pobre Carloni!... ¡Se acabó!... ¡Y sin confesión!... ¡Condenado! ¡Estás condenado! (Muere. Se oyen las voces de los Aldeanos volviendo por el sendero.)

GRIF. ¡Todo ha concluído! (Prestando oído.) ¡Ahí están!... ¡Adiós! ¡Pobre diablo! (Escapa por la derecha. Los Aldeanos llegan.)

ALD. 3.º ¿Dónde se habrá metido el indino?

ALD 2.º Habrá caído por aquí cerca... (Viendo el cuerpo.) ¡Míralo aquí! (Corren hacia el cadáver, lo rodean. Uno se arrodilla, palpa el corazón y luego levanta el brazo, que deja caer.)

ALD. 1.º ¡Muerto! (Se descubren. Dejan las escopetas en el suelo y se disponen á llevarse el cadáver.)

ALD. 3 º ¿Y el otro?

ALD. 2.º ¡Cuando te digo que no hay otro! (Telón.)

CUADRO SEGUNDO

El Abate Griffard

El despacho de La Reynie, en el Chatelet. Al fondo oblicuamente á la derecha gran ventana. A la derecha primer término, chimenea. Al fondo á la izquierda, en chaflán, puerta de entrada. Primer término puerta de despacho de Sagot. Gran mesa á la derecha. Sillones á derecha é izquierda de la mesa. A la izquierda un sofá pequeño. Detrás, una mesita y á la derecha del sofá, una silla.

ESCENA PRIMERA

LA REYNIE, SAGOT y DESGREZ

La Reynie sentado en un sillón á la derecha de la mesa. Desgrez de pie al extremo de la mesa. Sagot á la izquierda hacia el centro de la escena

LA REY. Desgrez, ¿tenéis el parte de la guardia de noche?

DESG. (Papeles en mano.) Sí, señor. Dos asesinatos. Uno, calle de la Calandria... el culpable preso. (Deja una hoja sobre la mesa.) Otro en el Puente Nuevo... Un desconocido desvalijado y arrojado al río por dos guardias del Rey, que huyeron y se refugiaron en el palacio de Soissons, lugar de asilo. (Deja otro papel.)

LA REY. Son un abuso escandaloso los lugares de asilo.

DESG. A propósito de abusos, señor lugarteniente general; la Gilbert, mandada prender á instancias de su marido, por notoria mala conducta, reconocida ayer, calle de San Antonio, se refugió en la iglesia de San Gervasio, donde, gracias á su antifaz, se nos perdió entre los fieles. (Deja los papeles sobre la mesa. La Reynie los ordena bajo carpetas.) El antifaz nos da á menudo tales chascos.

La Rey. Bien detestable cosa es tolerar á las mujeres el antifaz en la calle y hasta en la iglesia. Cuento hablar de ello al Rey. Continuad.

Desg. (Leyendo otro papel.) Los malhechores siguen apagando los faroles que el señor lugarteniente general ha hecho poner en las calles. (Deja el papel.)

La Rey. (Guardándolo como los otros.) Naturalmente. En Versalles, que no está alumbrado, los atentados nocturnos son más frecuentes que en París. ¿No hay más?

Desg. No, señor. (Retrocede hacia la ventana codiendo el sitio á Sagot.)

La Rey. ¿Qué hay, Sagot?

Sagot (Con dos papeles en la mano.) Una carta del señor Gran Penitenciario de Nuestra Señora de París que nos señala un hecho digno de atención. Los señores confesores de la ciudad declaran que de algún tiempo á esta parte están verdaderamente asustados del número de mujeres que en el tribunal de la Penitencia se acusan de haber dado á sus maridos filtros, polvos y otras drogas capaces de producir enfermedades ó causar la muerte.

La Rey. Ya se nos había advertido de ello.

Sagot (Dejando la carta sobre la mesa.) Hay algo más grave. De la iglesia de San Pablo nos envían este escrito hallado junto á un confesionario que denuncia un plan de envenenamiento de Su Majestad (Movimiento de sorpresa de La Reynie y Desgrez.) por los amigos de Fouquet, que desesperan de obtener su indulto mientras viva el Rey.

La Rey. (Tomando el papel y leyéndolo..) ¿Sin otra indicación?

Sagot Ninguna.

La Rey. Esto es trabajo para Desgrez. (Guarda el billete en otra carpeta.)

Sagot No se oye hablar, señor, más que de muertes repentinas, inexplicables. Peor que en tiempos de la Brinvillers.

ESCENA II

DICHOS y un UJIER

UJIER El caballero de Tralage.

LA REY. ¿Mi sobrino? ¡Que pase! (Levantándose.)

HÉCTOR (Entrando y saludando mientras Sagot entra en su despacho y Desgrez sale por el fondo.) ¡Señor!...

LA REY. No os alejéis, Desgrez.

ESCENA III

LA REYNIE y HÉCTOR

LA REY. ¿En el Chatelet á estas horas, Héctor? ¡Madrugador estáis! ¿Venís de Saint-Germain?

HÉCTOR No, señor. He dormido en París y aproveché la ocasión para venir á ofreceros mis respetos.

LA REY. Pues á punto llegais; tengo que hablaros. Pero, ante todo, ¿qué disputa fué aquella, anteayer, en el juego de la reina?

HÉCTOR Nada grave. Partida de cuatro, con el marqués Sivry... que nos robaba. Yo le dije: «¡Señor, hacéis trampa!» Y él, con la mayor sangre fría, me respondió: «Es posible, señor, pero no me gusta que me lo digan.» Me levanté, saludé, le volví la espalda, y él continuó la partida con los otros dos...

LA REY. ¿Que se dejaron robar?

HÉCTOR ¡Oh, señor! si fuera á repararse en tales cosas, ya no se podría jugar. Todo el mundo hace trampa; hasta en la misma mesa del Rey, con pretexto de desquitarse de los tramposos. El mismo señor Grammont pudiera alabarse de ello.

LA REY. ¿Sin consecuencias ese incidente?

HÉCTOR Ninguna.

LA REY. Dejemos eso y hablemos de algo más serio. Sentaos y dejad que os reprenda.

(Héctor toma la silla que su tío le indica, y queda con ella á distancia respetuosa de La Reynie, que se sienta en el sofá.)

HÉCTOR ¿A mí, señor?

LA REY. Sí. Os he traído de nuestra provincia de Auvernia para colocaros como secretario de la Marquesa de Maintenon, á la cual habéis tenido la suerte de agradar. Y cuando estais en el camino de los honores y de la fortuna se os ocurre haceros neciamente el enamorado nada menos que de la favorita del día, de la señorita de Fontanges. ¡Cruzarse en el camino del Rey!... ¿Habéis perdido la cabeza?

HÉCTOR ¡Oh, señor! ¡No exageremos! Cierto que me he prendado de la de Fontanges, que no me desdeña...

LA REY. ¿De veras, señor fátuo?

HÉCTOR Pero todo fueron pequeñas escaramuzas, puedo asegurarlo.

LA REY. ¡Claro! La de Fontanges es joven, coqueta, vaporosa. Le place verse cortejada. ¡Pero no va á sacrificaros el Rey! De todas suertes ya es demasiado que puedan tomarse en serio vuestras atenciones.

HÉCTOR Permitid que os cuente cómo nació esta galantería.

LA REY. Lo sé. Hace tres años conocísteis en casa de la Princesa de Soubise á una joven, su camarista, la señorita d'Ormoize, á la cual cortejasteis con éxito. La d'Ormoize dejó el servicio de la Princesa para entrar al de la de Fontanges; y naturalmente seguísteis visitándola en casa de su nueva señora, cuyos encantos os han seducido hasta el punto de sumir en la desolación á la pobrecita d'Ormoize, de cuya virtud no habríais triunfado sino prometiéndola matrimonio.

HÉCTOR En efecto... pero no es de cuna noble... Es una provinciana, de pequeña burguesía, sin padres ni fortuna, y sólo tiene en su abono una perfecta educación, viva inteligencia, belleza, ingenio, ternura...

LA REY. Vamos; pues me parece...

HÉCTOR ¡Oh! No me iréis á obligar á casarme con ella.

LA REY. No; ya fué bastante débil para dispensaros de esa formalidad. Pero lo que sí exijo es que pongais término á vuestras atenciones con la Fontanges. Seguramente han desdespertado ya las sospechas de una policía más vigilante que la mía: la de las mujeres envidiosas. ¡Si la Marquesa de Maintenon se entera, estais lucido! Os despide y todas nuestras esperanzas se fueron por tierra. Tened por cierto que de las tres mujeres que se disputan el corazón del Rey, la Maintenon será la vencedora. La Montespan es ya el pasado. El Rey está cansado de su altivez, de sus exigencias, de sus cóleras, sus locos despilfarros en el tocado, en el juego...

HÉCTOR Ayer mismo en el juego de la reina perdió ¡setecientos mil escudos!

LA REY. El presente, la de Fontanges, es bien mezquino. Su salud es deplorable. Al Rey no le gustan las enfermas; dígalo si no la de la Valliére; y el favor de vuestro ídolo se desvanecerá con sus gracias, ya medio marchitas. En cambio la Maintenon, sana, de una robusta belleza, que desafía los años, es formal, hábil y prudente. Ved si ha hecho camino desde que sólo era la viuda de Scarron y aya de las Infantas de Francia. ¡Os digo que esa es el porvenir! Una vez eclipsada la Fontanges, la lucha será entre Venus Montespan y Palas Maintenon. Y Palas vencerá cuando la edad exija del Rey la cordura.

HÉCTOR Así lo creo, señor.

LA REY. Unid, pues, vuestra fortuna á la suya, hijo mío. Poneos en guardia contra ese aire malsano de la corte que ella detesta. No imitéis á esos jóvenes libertinos que hacen ostentación de sus vicios, ni á los que los cubren con la máscara de una falsa devoción... Sed prudente, formal, circunspecto y vuestro porvenir está asegurado.

HÉCTOR Está dicho, señor. Desde mañana mismo ceso toda galantería con la de Fontanges.

LA REY. ¡Enhorabuena! Y en cuanto á la señorita d'Ormoize...

HÉCTOR Quedaréis contento de mí... matrimonio aparte.

LA REY. ¡Eh! ¡Quizás la señora de Maintenon no lo miraría con tan malos ojos! Ya hablaremos de eso. ¿Cuándo volvéis á Saint-Germain?

HÉCTOR Esta noche. Hoy como en casa del Duque de Vendome, con la Duquesa de Bouillon y y la señora de Tingry, que se reunen para ir esta tarde á ver una adivinadora que está de moda.

LA REY. ¡Qué niñerías!

HÉCTOR ¡Se aburren!... ¿Os veremos mañana en Versalles? Por la noche hay concierto en la gruta.

(Entra el Ujier y se coloca á la derecha de la puerta.)

LA REY. Seguramente. Hasta mañana, Héctor.

(Héctor saluda y vase.)

ESCENA IV

LA REYNIE y el UJIER

LA REY. ¿Qué hay?

UJIER Un desconocido que solicita el honor de ser recibido por el señor lugarteniente general.

LA REY ¿Su nombre?

UJIER Griffard.

LA REY Que vea al señor Sagot.

UJIER Insiste en hablar al señor lugarteniente general, á solas; dice tener que revelarle hechos de altísima importancia.

LA REY ¿Qué trazas?

UJIER Bastante buenas, señor. Rostro franco.

LA REY. Que entre.

(El Ujier hace señas á Griffard que entra y se queda en el fondo; luego se va y cierra la puerta.)

ESCENA V

LA REYNIE, GRIFFARD

GRIF. (Saludando.) Mucho agradezco al señor lugarteniente general el honor...

LA REY. Abreviemos, que estoy de prisa. ¿Habeis dicho que teniais revelaciones que hacerme?

GRIF. Interesantísimas.

LA REY. Ante todo, ¿á quién tengo el honor de hablar? (Sentándose en la silla frente al público, el brazo sobre el respaldo y un poco vuelto hacia Griffard.)

GRIF. El honor es mío, señor... El abate Griffard, profesor de bellas letras y filosofía. Mi nombre no debe seros completamente desconocido.

LA REY ¿Griffard?. . Sí, tengo una vaga idea.

GRIF Soy Abate sin las órdenes.

LA REY. Lo veo. Abate de corte.

GRIF. Eso es. Mi padre, rico mercader, me destinaba á la Iglesia y he hecho mis estudios y mi noviciado con los Padres Jesuitas. Pero me faltaba la vocación... ¡Oh! por completo. A la muerte de mi padre, partí su herencia con mi hermana, casada con un rico comerciante de Amsterdan; y me dí tan buena y alegre vida, que en cinco años las mujeres y el juego me arruinaron. Entonces, monseñor el príncipe de Conti me aceptó como preceptor de sus hijos y me hizo dar la pequeña dignidad de Abate, con la esperanza de un beneficio que pensaba obtener de su majestad para mí. Desgraciadamente, su alteza había caido en tan exagerada devoción, que después de haber protegido á Molière, no me permitía ir á aplaudir sus obras. Me despedí de su servicio; y mientras, vivía como pude dando lecciones de griego y de latín, obtuve un sueldo del señor de Visé, para dar á su «Mercurio Galante» variedad de artículos y además esos ingeniosos enigmas y esos problemas de solución delicada que hacen las delicias de las solteronas provin-

cianas... Por ejemplo: «Si las lágrimas de un amante marcan más ternura que sus suspiros» y otros problemas galantes de igual importancia.

LA REY Bien. ¿Pero esas revelaciones?...

GRIF. A eso voy, señor, á eso voy. Ya estamos. El 26 de Junio de 1678 vivía yo en la calle de San Luis, en la Isla. Una tarde salí de casa à dar un paseo por el Jardín del Rey. Al volver encontré mi domicilio invadido de polizontes capitaneados por el señor Desgrez; los cuales, después de registrar mis muebles y empaquetar todos mis papeles, trajéronme aquí mismo, donde tuve la mala fortuna de no ser interrogado por vos, señor, sino por un personaje atrabiliario y enfurruñado que me plantó delante de las narices el manuscrito donde, para mi entretenimiento, apuntaba yo los sucesos menudos de la villa y corte con sus comentarios. No renegué de mi obra; y sin otra indagatoria, veinticuatro horas después, por orden expresa del señor marqués de Louvois, me enviaron á Tolón, á remar por cinco años en las galeras de su majestad.

LA REY (Sorprendido.) ¿A galeras?

GRIF. (Tranquilamente.) De allí salgo.

LA REY ¿Indultado?

GRIF. (Con la más preciosa sonrisa.) ¡Evadido!...

LA REY ¿Os habéis escapado de presidio?

GRIF. ¡Ah, señor lugarteniente general, allí quisiera yo veros!

LA REY ¿Cómo?

GRIF. Si os vierais encadenado, medio desnudo sobre un banco día y noche, sin otro lecho para dormir, con un poco de pan y habas con aceite rancio por todo alimento; remando sin descanso el día entero; y á la menor señal de fatiga, el cómitre que os azota brazos, riñones, cara, hasta saltar la sangre... Con gusto saldríais de aquel infierno...

LA REY. (Llamando á la campanilla.) Donde mi deber me obliga á volveros á enviar.

GRIF. ¿Sin escucharme?

LA REY. Sepamos más exactamente quien sois. (*Al Ujier que aparece en la puerta.*) Al señor Sagot, que me traiga la carpeta del abate Griffard. (*El Ujier se dirige á la puerta izquierda.*)

GRIF. (*Al Ujier.*) Honorato Griffard... (*El Ujier entra en el despacho de Sagot.*)

LA REY. ¿Y cómo os habéis evadido?

GRIF. ¡Oh! ¡Pura casualidad!... Nuestra galera, la «Andrómeda», hacía fuerza de remos para Antibes con mar gruesa. Una mala maniobra nos echó sobre las rocas de los Monjes, en la punta de la isla San Honorato. Nos desembarcaron para ponerla á flote. Burlando los mosquetes que nos apuntaban, una docena de los nuestros, entre ellos yo, lanzóse á la isla, saltó á una barca, ganó la costa, y allí cada cual tiró por su lado; yo hacia Niza, dejando en el camino un compañero muerto por los aldeanos que nos daban caza...

ESCENA VI

DICHOS, SAGOT con un legajo. Este pasa por detrás del canapé y la mesita y va á entregar el legajo á La Reynie

LA REY. Veamos. (*Leyendo la cubierta.*) Honorato Griffard, gacetero. Por libelos, cinco años de galeras.

GRIF. ¡Por libelos!... ¿Sería indiscreto preguntar quién me ha denunciado á la policía como autor de libelos?

LA REY. (*Devolviendo el legajo á Sagot.*) Ya lo oís, Sagot.

SAGOT. Vos mismo, señor Abate.

GRIF. ¿Yo?

SAGOT. Por esta carta, que debéis conocer. (*Dándole una carta que saca del legajo.*)

GRIF. ¡Ah, sí! La escribía á mi hermana. Pero la dejé sin acabar y no la dí al correo.

SAGOT. El correo no se ha metido en nada. El caso es más curioso. ¿Sin duda el señor Abate escribía delante de la ventana?

GRIF. Sí, en una mesita.

SAGOT. ¿Y el señor Abate saldría de casa?

GRIF. Sí.

SAGOT Sin darse cuenta de que entre la puerta y la ventana abiertas, dejaba paso á una corriente de aire que echó á volar la carta.

GRIF. ¿A la calle?

SAGOT Donde uno que pasaba la cogió y la llevó al comisario del barrio.

GRIF. ¡Animal!

SAGOT Y de ahí, registro inmediato, descubrimiento de este manuscrito. (Saca el manuscrito del legajo, lo enseña á Griffard y vuelve á meterlo en el legajo, que pone sobre la mesa.) y de varias cartas fechadas en Amsterdam, lo cual hizo creer que el señor Abate correspondía con las gacetas de Holanda, hostiles á su majestad.

GRIF. Nunca jamás.

LA REY (Que mientras tanto ha leido la carta.) Así debió creerse. Dad asiento al abate, Sagot, y retiraos. (Sagot adelanta una silla á Griffard y se retira.)

ESCENA VII

LA REYNIE y GRIFFARD

LA REY. (Tendiendo la carta á Griffard despues de haberle indicado que se siente.) Señor Griffard, leed en alta voz este párrafo de vuestra carta.

GRIF. (Leyendo.) «De noticias, querida hermana, poco interesante, como no sea que la de Montespan acaba de dar á Su Majestad un séptimo hijo que, viviendo su marido, será legitimado como los otros. Su Majestad había hecho construir en Clagny, para la marquesa, un delicioso palacete que ella ha considerado digno cuando más de una bailarina de la ópera. Lo están transformando en un gran palacio, que costará millones. La nueva favorita, la señorita de Fontanges, dicen que no será más que una estrella pasajera. Así son de ver los manejos de todas las bellezas de la corte disputándose la sucesión, bajo las miradas complacientes de padres y maridos. Tales son las costumbres de este país. No contribuirá poco á empeorarlas la afición de la corte entera á

ciertas sacrílegas ceremonias. Me refiero á la misa negra que ahora suelen celebrar las adivinadoras en sus casas. Yo no me atrevería á describirla en el *Mercurio Galante*; pero parece que nuestras damas más encopetadas no se escandalizan de ella. Ya sabes: la dama á cuya intención debe celebrarse la misa, desnuda de todas sus vestimentas y tendida sobre unas tablas, ofrece su cuerpo para que sirva de altar. La profanación se mezcla con el sacrilegio, y con el sacrilegio el horror. Cuentan que sangre de pobrecitos niños asesinados sirve para el sacrificio. Generalmente, madres sin entrañas, venden sus hijos á las adivinadoras con este fin. Esta sangre se mezcla con harina para solidificarla, y la masa que resulta seca y pulverizada luego, le llaman polvos de amor. Hay quien compadece á los niños asesinados; yo digo que si pudieran lo agradecerían: la muerte les será preferida á vivir al lado de semejantes madres. Esta es, querida hermana, la famosa misa negra. No sé si el Rey Sol será muy devoto de Dios; de su policía me consta que dejan sueltos en París á todos los diablos... Cuando el señor Montespan tomó tan á lo vivo la noticia de su desgracia conyugal, su padre exclamaba: «Nuestra fortuna está hecha.» Y la corte entera se escandalizaba de la ridiculez de ese marido que tomaba á mal que el rey hubiese distinguido á su mujer. En una palabra...»

LA REY. Basta. (Recogiendo la carta.) ¿Qué os parece todo eso, señor abate? (Vuelve á meter la carta en el legajo que hojea.)

GRIF. Pues lo mismo que á vos, señor, si he de juzgar por ciertos gestos de aprobación...

LA REY ¡Nada de eso! ¡Nada de eso!... Lo que yo saludaba, al paso, eran las frases motivo de vuestra condena.

GRIF. ¡Ah, bien!

LA REY. Demasiado rigurosa, convengo en ello. ¡A galeras!... ¡y por cinco años!..

GRIF. Decid más bien á perpetua. Una vez allí, ya no se sale. Yo he visto desdichados que habían cumplido hacía veinticinco, treinta años, y seguían remando. La mortalidad es tan grande, que para cubrir huecos, el señor Colbert nos enviaba turcos, prisioneros de guerra, vagabundos y negros. Hasta se ha apelado á galeotes voluntarios... pero eso no ha resultado.

LA REY. Dejemos lo pasado, señor Griffard; procuremos olvidarlo, si no venís á contarme paparruchas.

GRIF. Bien necio sería, señor, si viniese aquí con paparruchas, á meterme en la boca del lobo:

LA REY. Ciertamente. Veamos, pues, esas famosas revelaciones y el precio que de ellas esperais.

GRIF. ¡Oh, bien modesto!

LA REY. Sepamos, de todos modos

GRIF. Ni siquiera para reemplazar mis pobres muebles y mis harapos vendidos á beneficio del rey; ni mi reloj, embargado por el señor Desgrez, que luego se lo dejó olvidado en su faltriquera. Solamente mi rescate del presidio y el derecho de ir y venir por la villa y corte en plena seguridad.

LA REY. No es mucho.

GRIF. ¿Verdad?

LA REY. Y está prometido.

GRIF. No es cosa de ocultaros, señor lugarteniente general, que el papel de polizonte, aun voluntario y desinteresado, está mal visto por las gentes honradas. Es un prejuicio ridículo, que yo comparto lo bastante para haber pensado primeramente que fuera mejor para mí irme á vivir en paz á Amsterdam y dejar á la policía componérselas sola, pero no estaba contento de mí. La conciencia me decía: «Si dejas á esos bribones trabajar en paz, eres su cómplice »

LA REY. ¡Ciertamente! ¿Pero de qué bribones hablais? ¡Al grano, al grano!

GRIF. Seguramente no habéis olvidado esta frase de la Brinvilliers en el tormento: «Si me matan yo haré morir á *otros;* ni su grito en

el patíbulo: «¡Yo pago por los *otros*!... ¡los *otros*!» Estas palabras os han debido resonar en los oídos cada vez que se ha hablado de envenenamientos, con razón ó sin ella, á la muerte del conde de Soissons, del señor de Lionne, y más recientemente, con razón esta vez, á la muerte repentina del duque de Saboya.»

LA REY. ¿Con razón? ¿En qué os fundais para creerlo?

GRIF. En la confesión de mi compañero de fuga, Carloni, complicado en el asunto. El que vertió el veneno, el caballero de Chasteuil ha muerto en Verceil. Vos tenéis tres de los cómplices, Bachimont, el caballero de Vaneus y el banquero Cadejan, cuyo proceso habéis instruído en secreto por miedo de enseñar la cara de la que lo dispuso todo. ¡La viuda!...

LA REY. ¡Más bajo! ¿También sabéis eso?

GRIF. ¡Ya veis!

LA REY. Continuad, abate, continuad.

GRIF. No os diré nada nuevo contándoos la existencia de una sociedad secreta de malhechores italianos, franceses, ingleses, alemanes, que en Londres, Bruselas, París, Turin, tienen sus afiliados, sus espías, sus banqueros, sus puntos de reunión donde se conciertan para sus operaciones, bien por cuenta propia, bien por encargo. Vos cogeis de cuando en cuando, por casualidad, uno de esos viajantes en venenos; pero la banda se os escapa. Yo puedo, quizás, ofreceros el medio de echar sobre ella una vasta red; y el señor Colbert irá ganando, si en lugar de un galeote que le quito, le doy por lo menos un centenar. ¡Y de primera calidad!

LA REY. ¿Y cómo?

GRIF. Creo haber descubierto el cuartel general de la banda; una de sus activas fábricas, de sus tiendas de mejor parroquia.

LA REY. (Vivamente.) ¿Que es?...

GRIF. Despacio, señor... No tengo de ese antro sino muy vagas indicaciones, y he podido engañarme sobre las confesiones, algo confusas,

de un moribundo. No espantemos la caza. Yo estoy en el caso de saber más por la astucia que vos por la violencia, introduciéndome en un mundo que tengo curiosidad de ver de cerca, para completar mis estudios sobre las costumbres de mi tiempo. Dentro de veinticuatro horas sabré á qué atenerme y podré deciros: «Esa es la caverna donde matan» y haceros entonces mi revelación. Lo demás será cuenta vuestra y del señor Desgrez.

LA REY. (Levantándose,) ¿Cuya ayuda necesitaréis?

GRIF. Seguramente. (Levantándose también.)

LA REY. (Llamando en la campanilla.) No podéis sospechar, señor Griffard, la importancia del servicio que nos prestais. (Aparece el Ugier.) Llamad á Desgraz. (El Ugier se va. La Reynie toma del legajo el billete que le entregó Sagot.) ¿No habéis sabido nada referente al rey?

GRIF. Nada.

LA REY. Pues bien, yo tengo aviso de que su vida está amenazada por los amigos de Fouquet. Leed. (Dándole el billete.)

GRIF. (Leyendo mientras La Reynie sale al encuentro de Desgrez.) ¡La vida del rey! ¡Eso sí que no! ¡El gordinflón del Delfin nos lo haría echar mucho de menos! (Pasa á la derecha dejando el billete sobre la mesa.)

ESCENA VIII

DICHOS y DESGREZ

LA REY Entrad, Desgrez, entrad. (Indicándole al abate.) Un antiguo conocido.

DESG. (Saludando.) Decid más bien un parroquiano, señor. He tenido el gusto de prender al señor hace algún tiempo en la isla de San Luis.

GRIF. Y muy cortesmente, por cierto.

LA REY (Al fondo, entre los dos, dominándolos.) El señor Griffard, posee preciosos informes sobre los malhechores de que hablábamos antes.

DESG. ¡Ah! ¿El señor es de los suyos?

GRIF. ¡Nada de eso! ¡Qué idea!
DESG. Entonces ¿el señor es de los nuestros?
GRIF. ¡Tampoco!
DESG. ¡Perdón! Yo creía...
LA REY. Desgrez, seguiréis puntualmente las instrucciones que os de el señor abate. (A una muda indicación de La Reynie, Griffard pasa delante de él para acercarse á Desgrez.)
GRIF. Ruego al señor Desgrez que se halle con sus hombres mañana, por la mañana, en la puerta de San Dionisio, á estas horas. ¿Qué hora tenéis, señor Desgrez... en mi reloj?
DESG. (Sacándole.) ¿Este?
GRIF. Sí.
DESG. Las diez y cinco. (Va á volverlo á guardar.)
LA REY. Desgrez, restituid el reloj al abate.
DESG. (Dándoselo.) Ahí va.
GRIF. ¿Le dais cuerda?
DESG. Todas las noches.
GRIF. Gracias. ¿Conque á las diez?
DESG. ¿Y nada más?
GRIF. Nada más. ¿Si el señor lugarteniente general me da licencia?...
LA REY. Andad, abate, andad, y hasta la vista. (Mientras Griffard va á tomar el sombrero, Desgrez habla al oido á La Reynie. Griffard, sin volverse, sorprende el gesto.)
GRIF. ¡Oh, no! Señor Desgrez, es inútil, completamente inútil.
LA REY (Sorprendido.) ¿El qué?
GRIF. (Disponiéndose á salir; en el centro de la escena.) Lo que os propone el señor Desgrez... Seguirme.
LA REY (Sonriendo.) ¡Diantre, Desgrez, el señor abate tiene el oido fino!
DESG. (A La Reynie, á media voz.) ¿Y de dónde sale este hombre?
LA REY. (A media voz.) De galeras.
GRIF. (En el dintel, saludando.) ¡Escapado!
DESG. (Saludándole, de lejos.) Oh, entonces... ¡muy señor mío! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La adivinadora

En París, calle Beaurgard, en casa de la Voisin. Gran sala del piso bajo, cubierta toda de tapices de Flandes, con flores y pájaros. Techo con vigas aparentes. Al fondo, á la izquierda, en hueco, una antecámara, no muy grande, con tres escalones y puerta á su izquierda. Al fondo también, frente al público, grande y alta ventana, con maderas y cortinajes de tapices, ambas practicables, y puerta vidriera análoga. Todo ello ocupa la mayor parte del fondo. A la derecha, en segundo término, otra puerta vidriera análoga. Primer término derecha, chimenea. A la izquierda, primer término, puertecilla maciza, que abre sobre la escena, con ventanillo y grueso cerrojo; segundo término, puerta maciza de dos hojas. Aspecto general burgués, rico y alegre. A la izquierda, primer término, una mesa, una silla á cada lado, una delante y á la derecha; un poco alejado de la mesa, un sillón. Al fondo, contra la ventana una banqueta. Por los cristales de ventanas y puertas se ve el jardín con cenadores y parterres á la francesa, mesas rústicas, bancos, dos literas; rodeado de una balaustrada que da sobre el boulevard San Dionisio. Más allá casas y jardines del arrabal; y muy al fondo, la campiña, hacia San Dionisio. Grupos á derecha é izquierda; hombres y mujeres, sentados, de pie, hablando.

ESCENA PRIMERA

GUIBOURG, SEÑORA LAMPERIER, SEÑORA FENARDENT, DUQUE DE VENDOME, DE POMMEYRAC, LESAGE, MARGOT, HECTOR DE TRALAGE, CESSAC. La Lamperier y la de Fenardent están sentadas á la derecha hablando con Vendome, que está de pie. Al

fondo Guibourg, de pie, la espalda vuelta á la sala, y Lesage habla con dos burgueses sentados en la banqueta de la izquierda. Alrededor de la mesa grupos de mujeres hablando por lo bajo. Margot, de pie, delante de la puerta del segundo término derecha

LAM. ¡Hermosa ceremonia!
FEN Naturalmente. Allí estaba toda la Corte.
DUQUE ¿Hablais de la boda?...
FEN. De la hija de Colbert con el sobrino de la Montespan; Vivonne, el pequeño.
LAM. ¿Y qué vestido, la novia?
FEN. Todo de terciopelo negro sembrado de pedrería. Después de la comida en casa de Colbert, trajeron á París á los recien casados y los han separado á caúsa de la edad: ¡el novio quince años y la novia trece!
DUQUE La adivinadora nos está dando un plantón.
LAM. Vale más tomar turno la víspera.
DUQUE ¿Vos la habéis ya consultado?
LAM. Sí; para un cochero.
DUQUE ¿También se mete en eso?
LAM. ¡En todo! Bodas, nacimientos, procesos, préstamos. No hay otra como ella para proporcionaros un buen criado.
DE POM. Que le dará á ella buenos informes.
FEN ¡Oh! vos os burlais de todo. ¿Qué venís á hacer aquí, en casa de la Voisin?
DE POM. Vengo á ver hasta dónde puede llegar la credulidad humana.
LAM. Consultadla y os quedaréis atónito.
DUQUE (Señalando á Guibourt.) ¿Quién es aquel de la peluca roja?
FEN El señor Lesage, astrólogo.
DE POM. Y nigromántico.
FEN ¿Os reís? Pues está en excelentes términos con las sibilas.
DUQUE ¿Las sibilas de la antigüedad?
FEN Sí.
DUQUE ¿Las mismas?
FEN, LAM. Las mismas.
FEN Si les preguntais por carta lo que deseais, Lesage cierra la carta, la quema á vuestra vista...

LAM. Y al día siguiente la encontrais en vuestra casa...

FEN Con la respuesta de las sibilas.

DUQUE ¿Tú crees esto?

DE POM. ¡Naturalmente! Un simple escamoteo.

DUQUE ¿No os parece que huele un poco á chamusquina en casa de la Voisin?

FEN. Se lleva muy bien con el cura de esta parroquia y con el Padre Saint-Amour, rector de la Universidad.

LAM. Que es un santo.

HÉCTOR (En un grupo á la derecha con Cessac.) ¿A qué vienes tú aquí? Como si lo viera, á que te enseñen á ganar en el juego.

DE CES. Tú lo has dicho. Y aquí está mi hombre. ¡Eh, señor bribón! Una palabra.

LES. Señor. . muy honrado.

DE CES. ¿Me conocéis?

LES. Basta haberos visto una vez.

DE CES. La semana pasada os pedí un secreto para ganar siempre al juego.

LES. Perfectamente.

DE CES. Y me contestásteis que si tal secreto tuviérais, lo guardaríais para vuestro uso particular.

HÉCTOR Naturalmente.

DE CES. Solamente un charlatán, digísteis, podría alabarse de tal cosa. Pero en cambio, añadísteis, por cincuenta pistolas puedo cederos una, bautizada por mí, que cada vez que la perdais se volverá solita á vuestro bolsillo.

HÉCTOR ¡Ja, ja!

LES. Sí, señor. ¡La pistola volante!

DE CES. Os la compré; vuestra pistola volante... ayer la perdí... ¡y todavía la estoy esperando!

LES. ¿No ha vuelto? (Con mucha ingenuidad.)

DE CES. No señor, no.

LES. ¡Es sorprendente!... Por fuerza hay algo... ¡Ah! ¡ya caigo!... ¿No estamos en cuarto menguante?

DE CES. No sé.

HÉCTOR Sí.

LES. Pues eso es... todo se explica. No puede volver hasta la luna llena.

DE CES. ¡Ah!
LES. ¿No os lo advertí?
DE CES. No.
LES. ¡Un olvido!... ¡A la luna llena, señor, á la luna llena!... ¡Antes no hay que esperarla! (Lesage saluda y sale al jardín.)
DE CES. ¿Tú no crees?...
HÉCTOR En sus pistolas volantes, no. En tus pistolas que volaron, sí.

ESCENA II

DICHOS. MARGARITA VOISIN, saliendo del gabinete de su madre

MARG. Señoras, señores... mi madre os ruega la dispenséis. Hoy no recibe á nadie más. (Protestas generales. Todos están de pie vueltos hacia Margarita.)
DUQUE ¡Yo estoy aquí hace una hora!
TODOS ¡Pues y nosotros!
LAM. ¿Por qué hacernos esperar?
FEN ¡Qué indecencia!
MARG. Mamá lo siente también; pero está fatigada y no conserva sus plenas facultades. Si las señoras se dignan pasar á la terraza les servirán refrescos.
DE POM. ¿Las señoras solas? (Risas.)
MARG Los señores también.
TODOS (Yendo hacia el jardín charlando.) ¡Enhorabuena!... ¡Entonces, bueno! ¡Vamos!
FEN. (A Margarita, dándole unas monedas.) Hacedme pasar mañana una de las primeras.
LAM. (Lo mismo.) ¡A mí también!
MARG. (A Margot.) Corre las cortinas. (Margot corre los tapices de suerte que no se ve nada del exterior. Hecho esto, Margarita desde la puerta dice á su madre.) Ya puedes venir.

ESCENA III

DICHOS. La VOISIN

VOISIN (Desde la puerta.) ¿Se fueron?

MARG. Todas. Se van gruñendo, ¿sabes?

(Entra la Voisin. Trae sobre su vestido de terciopelo, verde agua glaseado de plata, un manto de terciopelo carmesí bordado, forrado de pieles. En la cabeza diadema de oro. Se acerca á la izquierda de la mesa para desembarazarse del manto.)

VOISIN Bueno, bueno, ¡que gruñan!... Si no se les hiciera esperar no volverían. ¡Uf! ¡Quítame todo esto, me ahogo! Dame un poco de vinillo de Anjou, Margot.

MARGOT Sí, señora. (Vase Margot llevándose el manto.)

VOISIN ¿Les diste de beber?

MARG. Sí: sobre todo licores. No les gusta otra cosa. Aquí está la lista de los que vinieron y se marcharon.

VOISIN (Se sienta á la derecha de la mesa y lee la lista mientras Margot trae una botella de vino y dos copas en una bandeja, que pone sobre la mesa.) «El Conde de Clermont Lodéve.»

MARG. Volverá mañana.

VOISIN Y todos los días. ¡Ese quiere muchas cosas á un tiempo: la muerte de su hermano y el amor de su cuñada! ¿«Un tolosano»?

MARG. No quiso decir su nombre. Quiere dar pasaporte al amante de su mujer.

VOISIN «La señora de Poulaillon.»

MARG. No hizo más que entrar y salir para decirme: cosa hecha.

VOISIN ¿Su marido?

MARG. Sí.

VOISIN ¿Murió?

MARG. Sí.

VOISIN ¿Los polvos?

MARG. Sí. Está encantada. Vendrá á pagar mañana.

VOISIN Así lo espero. «Señora Férez...» ¿llamaron?

MARG. Por la puerta de la bordadora. (Va á la puertecita del primer término izquierda.)

VOISIN Es una amiga... Mira.
MARG. La señorita Deseillets.
VOISIN Que entre. (Margarita abre la puerta.)

ESCENA IV

La VOISIN, DESEILLETS y MARGOT

DESEI. (Desde el dintel.) ¿Sola?
VOISIN Sola. (A Margot.) Guarda bien las puertas. ¿La marquesa os envía?
DESEI. Mejor aún: viene. Me he adelantado para avisarte. Llegará dentro de media hora y hará parar su carroza en la iglesia de la Buena Nueva; allí la esperaré. Saldremos por la calle Beaurgard para entrar aquí por la tienda de la bordadora, como otras veces.
VOISIN ¿Estais seguras de no ser seguidas?
DESEI. No. La señora decía: antes no podía ir á París sin que el rey se preocupara del motivo del viaje. Ahora le tiene sin cuidado.
VOISIN ¿Así estamos?
DESEI. A eso hemos llegado. Ayer hubo gran disputa entre el rey y la marquesa á propósito de la Fontanges. Por eso quiere recurrir á tu ayuda, como lo hizo en todas las grandes crisis.
VOISIN Y con éxito, puedo decirlo.
DESEI. Otra cosa importante. En los boulevares, mi carroza ha alcanzado una litera, donde he visto, sin que ella me vea, á una persona que debe venir á tu casa y á la cual hay que recibir. Preven á Margot.
VOISIN Margot. (Margot se acerca.) ¿Y cómo conocerla?
DESEI. Por su manteleta de seda rosa, adornada de verde.
VOISIN (A Margot.) Ya lo oyes. Recibirás á esa joven A ella sola.
MARGOT Bien, señora. (Vuelve al fondo.)
VOISIN ¿Quién es?
DESEI. La señorita d'Ormoize, camarista de la Fontanges.
VOISIN ¡Ah, bien!

DESEI. Anteayer, en la terraza de palacio, todas alababan tu ciencia. «Presente, pasado, porvenir—decían—lo sabe todo». Y cada cual citaba su ejemplo. La d'Ormoize escuchaba tristemente, un poco apartada; y al fin preguntó á la de Tresson, dónde y cuándo se te podía ver.. ¿Con qué objeto? Lo adivino. La señorita d'Ormoize está enamorada del caballero de Tralage, y él se ha prendado de la peliroja de la Fontanges, que probablemente ha colmado sus deseos.

VOISIN ¡Ah, ah!

DESEI. Pero eso se ignora; no estamos seguras. La d'Ormoize, cuya tristeza es bien aparente, sabe de seguro á qué atenerse. Si, como creo, viene á consultarte...

VOISIN La tiraré de la lengua.

DESEI. Figúrate la ventaja que nos daría sobre nuestra rival la prueba de una infidelidad al rey.

VOISIN ¿Y por qué no hacer algo mejor? ¿Servirnos de esa niña, sin que ella se dé cuenta, para librarnos de una vez de la Fontanges?

DESEI. ¡Ah, bien he pensado en ello! Pero la marquesa de Montespan no quiere recurrir á esos medios. Los elixires, los polvos, los filtros, sí... pero las drogas envenenadas, no.

VOISIN No hay para qué consultárselo.

DESEI. De todos modos confiesa á la muchacha. Luego ya veremos... Me voy. (Abre la puerta por donde entró y se va.)

VOISIN ¿Hasta luego?

DESEI. Sí.

ESCENA V

LA VOISIN, SOLANGE D'ORMOIZE y MARGOT

Al tiempo que sale Deseillets, llega Solange por la puerta de la derecha

MARGOT (Dejándola pasar.) Ya es tarde. La señora no recibe.

VOISIN ¡Ella es! ¿Qué deseais?

D'ORM. (Tímidamente.) Quisiera hablar á la señora Voisin.

VOISIN Yo soy... pero á esta hora ya no recibo.

D'ORM. ¡Perdonad!... Volveré. (Ademán de retirarse.)

VOISIN (Más amable é indicándole la silla, á la derecha del sillón.) Puesto que estais ya aquí...

D'ORM. Muchas gracias. ¡He oido hacer tantos elogios de vuestro saber!

VOISIN (Haciéndola sentar.) Sentaos, hija mía, y contadme vuestras penas... Porque tenemos una penita ¿eh? Una penita... muy grande.

D'ORM. (Emocionada.) ¡Ay, Dios mío! ¡Mayor de lo que puedo soportar!

VOISIN (Cogiéndola la mano y mirándosela.) Sí, esta manita... ¡Pero cómo temblais!... Esta manita indica una decepción muy grande... un desengaño... Cosas del corazón, ¿no es cierto?

D'ORM. ¡Sí, sí... eso es!

VOISIN (Sin dejar de examinar las rayas de la mano.) ¿Y queréis saber si os queda alguna esperanza?

D'ORM. Sí.

VOISIN Vamos á ver. (Se sienta junto á ella en el sillón.) La otra mano... (Examina alternativamente una y otra mano.) y miradme bien... en los ojos... ¡Ah! ¡Cuánto han llorado esos ojitos!... Sí, leo en ellos como en un espejo... ¡Un lindo mozo... sí!... En la corte... ¡Ah, pobrecilla, ¿qué es lo que veo?... sí... habéis sido con él tan buena! ¡tan buena!... ¡demasiado buena! (Solange afirma con el gesto, enjugándose los ojos.)

D'ORM. Decidme la verdad, señora... quiero saber. ¿Es cosa concluída?... ¿Ya no me ama?

VOISIN ¡Despacito... despacito! ¡Eh!... esta línea, el lazo no está roto del todo.

D'ORM. (Vivamente.) ¡Ah!... ¿Todavía me ama un poco... un poco?

VOISIN Sí... Solamente... entre vosotros... una mujer... ¡Cabellos rojos!...

D'ORM. Casi.

VOISIN Una coqueta. . ¡oh! y muy peligrosa... ¡Uy, qué coqueta!... ¡Y sin embargo, no debía comprometer su situación... que es muy buena! ¡El está deslumbrado!... ¡Una gran dama!

D'Orm. ¡Y tan linda! ¡Tan adulada, tan festejada! Entre ella y una pobre muchacha como yo... no hay duda. Cada día le siento más lejano de mí, y yo le quiero más que nunca. Hago como que no veo nada... le oculto mi pena... es una cobardía, lo sé; pero temo tanto que con pretexto de mis reproches me abandone por completo... Prefiero disimular para guardarle cuanto pueda... porque luego ¿qué será de mí, Dios mío? ¡Qué desgraciada soy! (Rompiendo á llorar.)

Voisin ¡Pobre corderita!... ¡No hay que desesperarse de ese modo! ¡No hay nada perdido!

D'Orm. ¡Oh! ¿Aun hay esperanzas? ¿Creéis?

Voisin Ante todo hay que saber lo que no veo claro.

D'Orm. ¿El qué?

Voisin Ella... ¿le ha cedido?

D'Orm. (Vivamente.) ¡Oh, eso no!

Voisin ¿Estais segura?

D'Orm. ¡Oh, sí, sí; yo lo hubiera advertido!

Voisin ¿Quién sabe?

D'Orm. ¡Cuando una está enamorada, no se engaña!

Voisin Entonces hay que luchar, hija mía; y para eso tengo yo secretos admirables.

D'Orm. ¡Ah!

Voisin Uno sobre todo, que puede separarle de esa mujer y devolvéroslo más tierno que nunca.

D'Orm. ¡Ah, Dios mío, si eso fuera posible!... ¿Y qué es? ¿qué es?

Voisin Unos polvos.

D'Orm. ¿Unos polvos?

Voisin Sí; para el amor. Unos polvos que habrá que mezclar, en secreto, con algún brevaje para vuestra señora.

D'Orm. ¿Y si le hacen daño?

Voisin No hay ningún peligro.

D'Orm. ¡Oh, no; no! ¡Yo no hago eso!

Voisin Pero...

D'Orm. ¡No! Jamás me atrevería. Para mí, sí me arriesgaría; pero á ella... ¡no! Dadme algo á mí.

Voisin Entonces no hará efecto en ella.

D'Orm. Pues, nada; otra cosa.

VOISIN No hay más que eso para influir en su voluntad.

D'ORM. Es que... por esos medios no es lícito.

VOISIN Sí que lo es.

D'ORM. ¡Oh! no: estoy bien segura... Eso es brujería... eso no es cristiano.

VOISIN (Levantándose.) ¡Ah!... ¡Si tenéis esos escrúpulos!...

D'ORM. Ya comprenderéis...

VOISIN ¡Nada, nada! ¡No hay más que hablar!

D'ORM. ¡Sí!... Prefiero esperar, seguir sufriendo.

VOISIN Eso, eso. Esperemos... y suframos.

D'ORM. ¡No os enfadéis!... Dispensadme... ¿Cuánto os debo?

VOISIN Nada .. por hoy... Cuando volvais.

D'ORM. ¡Oh, jamás! ¡Adiós! (Va á salir por la derecha y se detiene asustada al ver á Héctor llegar por el jardín.) ¡El! ¡Me habrá visto! (Corre vivamente hacia la izquierda.)

VOISIN (Abriéndole la puertecilla de la izquierda.) Por aquí; salid por aquí.

D'ORM. Gracias. Adiós, señora, adiós. (Sale.)

VOISIN ¡No; hasta pronto! (Cierra la puerta. Al mismo tiempo entra Héctor por la puerta derecha. Viene acompañado de Cessac.)

MARG. (Cerrándoles el paso.) Señores, señores; no se puede pasar.

HÉCTOR ¡Una palabra!... La que acaba de salir, ¿no es la señorita d'Ormoize?

MARG. No sé; no dijo su nombre.

HÉCTOR (A Cessac, marchando por el jardín.) Cessac, ¿era la d'Ormoize, verdad?

DE CES. Así me pareció.

HÉCTOR ¿A qué viene aquí?

DE CES. A que le digan la buenaventura.

(Durante este diálogo, Griffard ha entrado en escena sin ser visto de Margarita.)

ESCENA VI

La VOISIN, MARGARITA y GRIFFARD

MARG. (Volviéndose y viendo á Griffard.) ¡Eh... señor!... Mamá no recibe hoy.

GRIF. (Avanzando y cogiéndola la barba.) ¡Eres monísima!... Ya verás, niña, como á mí me recibe.

MARG. Pero...

GRIF (A media voz.) Vengo para una herencia.

MARG. ¿Vuestra?

GRIF. ¡Suya!

MARG. ¡Una herencia!... ¡Ah, entonces!... ¡Eh, mamá, mamá! (Se acerca á su madre que, desde el mutis de la Solange, está en la plataforma que forma la entrada al gabinete de consulta.)

GRIF. (En primer término, mirando toda la escena.) No huele mal este antro. Y el aspecto es bueno... ni siquiera un murciélago.

VOISIN ¿Una herencia?

MARG Sí.

VOISIN (Viendo á Griffard.) ¡Un abate!... Ya caigo... secreto de confesión. Todo el mundo se ha marchado. Descorre las cortinas.

(Margarita descorre las cortinas y se va por la habitación de la Voisin.)

VOISIN (Acercándose á Griffard é indicándole el sillón.) ¡Ah señor abate! Tomad asiento. Y decidme, decidme... ¿de quién heredo?

GRIF. ¡Pero, señora; si lo sabéis tan bien como yo!

VOISIN No.

GRIF. ¿Una adivinadora que lee de corrido en la mano, en el espejo, en el café?

VOISIN Sí, pero...

GRIF. (Tendiéndole la mano.) ¡Vamos! Leed en seguida quién soy, de dónde vengo y á lo que vengo.

VOISIN ¡Imposible!... En siendo cosa que me concierne, pierdo todo mi poder.

GRIF. (Riendo.) ¡Bribonaza!

VOISIN (Sorprendida.) ¿Qué decís?

GRIF. ¡Bribonzuela!... ¡Y regordetilla... y apetitosa!... ¡Bien decía Carloni!

VOISIN ¿Carloni?

GRIF. (Misteriosamente.) De él es la herencia.

VOISIN ¡Muerto!

GRIF ¡En mis brazos!

VOISIN ¿En presidio?

GRIF ¡En campo raso!... ¡Escapado conmigo!

VOISIN ¿Estabais?...

GRIF. Compañeros de cadena.

VOISIN ¡Eh! ¡Tanto diréis!... ¿De modo que yo heredo?...

GRIF. El cofrecillo.

VOISIN (Fingiendo no comprender.) ¿El cofrecillo?

GRIF. Allí, en el jardín; detrás del banco.

VOISIN ¡Ah!... ¿Tú sabes?

GRIF. ¡Naturalmente! ¡Como que heredo contigo!

VOISIN ¡Ah! ¿No es todo para mí?

GRIF. ¡Glotona!

VOISIN (Desconfiada.) ¡Hum!... Tú dirás eso... pero ante todo, ¿qué hay en el cofrecillo?... Yo no sé á punto fijo...

GRIF. Te refrescaré la memoria. Dos mil ducados en oro fino.

VOISIN ¿Y quién me asegura que tú tienes parte?

GRIF. La mitad. Si te lo dejase todo, buena pieza, no me hubiera dicho nada.

VOISIN ¡Hum!... ¿No te ha firmado ningún papel?

GRIF. ¿En mitad del campo?... ¿Habrá que recordarte también de dónde vienen esos dineros?

VOISIN La verdad... hace tanto tiempo...

GRIF. (Al oido.) ¡Es su parte en el envenenamiento del duque de Saboya!

VOISIN (Sobrecogida.) ¿Eso te dijo?

GRIF Para mí, el buen Carloni, no tenía secretos.

VOISIN (Reponiéndose.) Bien podía, después de todo, haberme dejado la mayor parte.

GRIF. ¡Vamos! No me regatees la mía. (Abarcando de un gesto la escena.) ¡Los negocios van bien!

VOISIN ¡Así, así!

GRIF. ¡Qué lujo!... Y la señora, según parece, gasta lacayos, carroza, mesa abierta...

VOISIN Todo hace falta para la gente... ¡Pero también se trabaja!... ¡Vaya!... Todos los días de Dios, consulta aquí de tres á siete, y algunas veces por la mañana, sin contar las sesiones á domicilio.

GRIF. ¿Para decir la buenaventura?

VOISIN El pasado, el porvenir, todo. A los nueve años ya echaba yo las cartas en los puentes. Allí conocí á Montvoisin, mercero en el puente María, y me casé con él.

GRIF. ¿Y dónde anda el bueno de Montvoisin?

VOISIN En Mendon, con la gota. ¡Es un oso!

GRIF. ¡Lo creo! ¿Y tú, bruja?

VOISIN ¡Tú lo has dicho!... Leo en los astros... Vendo talismanes, filtros, secretos de tocador para las damas. Un agua de mi invención, la *Argentina*, que no te digo más .. Y también remedios para las enfermedades...

GRIF. ¿Que curas?

VOISIN Sí.

GRIF. ¿O que das?

VOISIN (Alegremente.) ¡También! Hay que dar gusto á los parroquianos, sobre todo á las mujeres.

GRIF. ¿Las burguesas del barrio?

VOISIN ¡Oh, hay de todo!... Damas de la villa y corte, y de las más encopetadas. Duquesas, marquesas...

GRIF. ¡Diantre! ¿Quienes, quienes?

VOISIN ¡Oh, los nombres jamás! Eso es el secreto del oficio. ¡Pero sin nombrarlas, si las vieses de cerca como yo!... ¡Las cosas que piden!...

GRIF. Dime, dime...

VOISIN ¡Oh!... Heredar lo antes posible de papá, de mamá... ganar al juego, descubrir tesoros, no engordar, no envejecer... Y casi todas, verse libres de los maridos...

GRIF. Y para eso, el mejor remedio... (Gesto expresivo de supresión.)

VOISIN ¡Claro!

GRIF. ¿Y no tienes miedo?

VOISIN ¿De qué?

GRIF. De la policía.

VOISIN ¡Bastante me importa á mí la policía! Hay mucha gente interesada en que me dejen en paz.

GRIF. Y luego que el diablo no te dejaría en el apuro.

VOISIN ¡Sí, ríete! También cuento con él.

GRIF. ¿Tú crees en el diablo?

VOISIN ¡Que si creo!

GRIF ¿Lo has visto?

VOISIN No. Pero tampoco se ve á Dios, lo cual no impide creer en El.

GRIF. ¡Ah! ¿También crees?

VOISIN ¿En Dios? Vaya una pregunta. ¿Y tú?

GRIF. ¡Alguna que otra vez!... ¿Pero cómo haces para estar bien con los dos á un tiempo?

VOISIN ¡Pues mira! A cada uno lo suyo. Voy á misa y á vísperas los domingos. Me confieso y comulgo dos veces al año. Ayuno los viernes y toda la cuaresma. ¿Qué más puede pedirme Dios?

GRIF. No hacer nada de lo que El prohibe.

VOISIN ¡Anda! Si no se hiciera más que lo que permite... ¡bien nos aburriríamos!

GRIF. Te condenarás.

VOISIN ¡Bah!... No hay más que arrepentirse en el último instante, como la Brinvilliers, y Dios perdona... ¡Para eso está!... ¡Pero me haces charlar y charlar!... ¿Y tú? ¿Quieres beber? (Gesto de finísima expresión de Griffard, que al propio tiempo que rehusa cumplidamente la bebida, deja cómicamente traslucir su desconfianza en el veneno, mientras la Voisin se levanta y va á llenar los vasos.) ¿Por qué estabas allí?

GRIF. Por moneda falsa.

VOISIN Eso da más trabajo que provecho.

GRIF. Por eso he dejado el oficio y preparo un golpe de primera.

VOISIN ¿Cuál?

GRIF. Es... ¿No se lo dirás á nadie?

VOISIN No... no...

GRIF. (Bajando la voz.) Es la muerte del rey.

VOISIN (Volviéndose á él vivamente.) ¡Tú también!

GRIF. ¿También?... ¿A ti te han propuesto?...

VOISIN ¿Ese golpe?... Sí. ¡Y bien pagado! ¡Vaya!

¡Cien mil libras! No espero más que eso para retirarme de los negocios.

GRIF. Y de seguro son los mismos.

VOISIN (Sentándose entre el sillón y la mesa, muy cerquita de Griffard.) ¿Tú, por quién?

GRIF. ¡Oh, yo no ando con misterios! Por los amigos de Fouquet.

VOISIN Los mismos que yo.

GRIF. Que desesperan de obtener su indulto y no ven otro medio que la muerte del rey para sacarles de la cárcel.

VOISIN Eso es. Son tres.

GRIF. Uno que tiene un mirar más falso, más falso...

VOISIN (Vivamente.) ¡Martroy!

GRIF. Sí. Y el otro... más bajito...

VOISIN ¿El auditor? Maillard.

GRIF. Sí, Maillard. Y lo que es el tercero, tengo por cierto que da un nombre falso.

VOISIN ¿No se llama La Brosse?

GRIF. ¿Quién sabe? En fin, yo conozco ya á esos tres.

VOISIN ¿Entonces, los ves?

GRIF. Todos los días.

VOISIN ¿Y los muy canallas te han propuesto?...

GRIF. Sí.

VOISIN ¡Después de ofrecérmelo á mí!

GRIF. Habrán creído que tardabas mucho.

VOISIN ¡Como si la cosa fuera tan fácil! En la mesa del rey todos los platos, los vinos, se prueban antes; y su cubierto está bajo candado, y la llave solo la tienen él y el oficial de boca.

GRIF. No hay sino hacerle tragar la píldora un día de caza, por ejemplo, en cualquier bebida, como la naranjada ó el agua de cedro que toma en verano.

VOISIN Y aun para eso hace falta un cómplice.

GRIF. ¡Ese, yo le tengo!

VOISIN ¡Ah! ¿Quién?

GRIF. Como que voy á decírtelo, para que me virles el negocio.

VOISIN ¡Oh, no! ¡Entre amigos! (Súbitamente.) Pero en lugar de disputárnoslos, podemos hacerlo juntos.

GRIF ¡No eres tonta tú! ¿Y qué pones por tu parte?

VOISIN ¡El veneno!

GRIF. ¡Gracias! Cualquier droga de botica, como el sublimado de Santa Cruz, que había que tomarlo diez veces.

VOISIN ¿Tienes cosa mejor?

GRIF ¿Yo?... ¡Tengo el mejor de todos, el verdadero, el único!

VOISIN ¿Cuál? ¿cuál?

GRIF (Solemnemente.) ¡El de los Borgias!

VOISIN (Con admiración.) ¡Ah! Ese... sí.

GRIF Te relames, ¿eh?

VOISIN (Acercándose mucho á él.) ¡Eres todo un hombre!... ¡Y guapo mozo!... ¡Qué buen par de socios haríamos!

GRIF (Haciéndose el interesante.) ¡Psché!

VOISIN ¡Sí que estaría muy bien asociarnos! Y no sólo para eso, no. ¡Para todo!... Sí. Yo soy rica, ¿sabes? (Se acerca más, muy zalamera, hasta sentarse en el brazo del sillón; él se deja querer y ella, mientras habla, le va acariciando.) Con lo que tengo ahorrado... el dinero de este negocio y lo del cofrecillo, que, como comprenderás, no he dejado pudrirse, compramos unas tierras en provincias, y allá nos vamos tú y yo á cuidar nuestro huerto, abate de mi corazón. Porque me gustas, ¡vaya si me gustas! ¿Qué demonios tienes tú para haberme gustado tanto?... Y allá viviremos como dos grandes señores: buena caza, buena pesca, buena mesa... ¡y no te digo más! ¿Eh? ¿Qué te parece?

GRIF (Sonriendo.) Te diré, te diré...

VOISIN (Vivamente.) No. Está dicho.

GRIF Déjame pensarlo.

VOISIN Está pensado. Y para empezar, vas á cenar conmigo.

GRIF (Gesto de inquietud, como antes.) ¿Cenar?

VOISIN ¿Qué te ocurre?

GRIF. Que eso me recuerda que justamente tengo invitados á cenar á Martroy y Maillard para hablar del asunto.

VOISIN Bueno; pues cena con ellos y vente aquí luego.

GRIF — Oh, tenemos para toda la noche con preparar el Borgia. Más bien mañana.

VOISIN — ¿A comer entonces?

GRIF. — Sí. ¡Oh, mañana cuanto quieras! (Acentuando finamente.)

VOISIN — (Fingiendo entusiasmo.) ¡Ah, qué hombre! ¡Lo que se te va á querer! (Dándole un fuerte estrujón.) ¡Te adoro! (Se aparta de él al ver llegar á Guibourg, que viene por el jardín muy amartelado con Margot y ambos seguidos de Margarita.) No te muevas... es un amigo.

GRIF. — (De pie, se sacude la ropa y se restriega la cara por donde pasó la mano la Voisin.) ¡Euch!

ESCENA VII

DICHOS, MARGARITA, MARGOT y GUIBOURG

VOISIN — (Llamando.) ¡Guibourg! (En la fisonomía del abate Guibourg debe revelarse la crápula mal encubierta con los aires de hipócrita beateria del personaje y sus atavíos eclesiásticos. A Griffard, por lo bajo.) Ni una palabra del cofrecillo, ni del rey. (Alto, presentándolos.) El abate Guibourg, sacristán de San Marcelo en San Dionisio. (Saludos.) El abate Griffard, que nos trae la noticia de la muerte del pobre Carloni, con el cual se había escapado de galeras.

MARG. / MARGOT — ¡Muerto!

GUIB. — ¡Pobre amigo!

(Griffard coge el sombrero para marcharse.)

VOISIN — ¿Lesage no está ahí?

MARGOT — Se fué.

VOISIN — (Irritada, á Guibourg.) ¿Sin avisar? ¡Imbécil! Y yo que le necesitaba. (Suenan unos golpecitos en la puerta de la izquierda.)

MARGOT — Llaman.

VOISIN — Espera; no abras. ¡Cierra las ventanas! (A Griffard, que hacía ademán de irse, mientras Margot cierra todas las maderas.) Tú, quédate. Ya te diré para qué, y entra ahí. (Indica su cuarto.) Es una persona que no quiere que la vean

ni con antifaz. (Margarita, que había salido, vuelve con un candelabro que pone sobre la mesa.)

GRIF (Vivamente.) ¿Quién?

VOISIN Una belleza de la corte, que quiere suplantar á dos rivales.

GRIF Pero...

VOISIN ¡Chitón! Entra ahí con Guibourg y entreteneos jugando á las cartas. Este es de primera fuerza en todos los juegos.

GRIF (Me lo presumo. Jugaremos al ajedrez.) (Sigue á Guibourg, que entra en el cuarto.)

VOISIN (A Margot.) Dales de beber.

GRIF. No, gracias; no tomo nunca nada entre comidas. (Entra. Margot les sigue.)

MARG. ¿Quién es ese hombre?

VOISIN (Después de reflexionar.) Un intrigante que entretengo. (Sería capaz de birlarme el negocio si no me doy más prisa que él). Mañana por la mañana, á primera hora, Margot, irás á decir al señor de Martroy que le espero todo el día y que la cosa urge. Abre. (Margarita abre.)

DESEI. (Desde el dintel.) Ahí está y se impacienta.

VOISIN He tenido que echarlos á todos. La d'Ormoize ha venido.

DESEI. ¿Y qué?

VOISIN ¡Una pava! No hay que contar con ella.

DESEI. (Se encoge de hombros y luego dirigiéndose al interior, á media voz.) La señora puede pasar. Volveré dentro de una hora. (La Montespan, con antifaz y capuchón, entra.)

ESCENA VIII

La VOISIN y la MONTESPAN

MONT. ¿Estamos solas?

VOISIN Solas, señora, y las puertas cerradas.

MONT. (Quitándose el antifaz y muy conmovida.) Ah, querida Voisin, soy yo; otra vez yo... ¡siempre yo! Aquí tienes una mujer desesperada. (Dejando el abrigo y el antifaz sobre la mesa, y sentándose, á la derecha de la mesa, en un sillón.)

VOISIN Sí; ya me ha contado la Deseillets...

MONT. Ayer el rey y yo tuvimos una gran disputa por esa muñeca que le trastorna el juicio.

VOISIN La Fontanges.

MONT. ¡Una escena tremenda! Hace tres días, en casa del infante, la tal Fontange quiso hacernos admirar su gracia en el baile... ¡Qué ridícula!... ¡Todas se reían, disimulando tras los abanicos! Ella, furiosa, la tomó conmigo, diciendo que me había burlado de ella toda la tarde; y el rey me ha reprendido en tono tan seco, tan duro, que en toda la noche he cesado de llorar.

VOISIN ¡Pobre señora!

MONT. ¡Ah! Voisin, para que el rey le dé así la razón, es preciso que esté resuelto á romper conmigo. ¡Ya no me quiere!

VOISIN Oh, no es la primera vez que decís tal cosa.

MONT. Ahora no me engaño. ¡Mi reinado acabó!

VOISIN No, no...

MONT. ¡Oh, sí! Y por esa criatura que, torpe de mí, yo misma eché en sus brazos.

VOISIN ¿Vos?

MONT. Sí. He llegado hasta á reprochar al rey lo que gasta conmigo en Clagny.

VOISIN Gastos que prueban que todavía os ama.

MONT. ¡Calla, desgraciada! Prueban todo lo contrario. Quiere hacerme aceptar un retiro. ¡Dorarme la despedida! ¡Y si no fuese más que la Fontanges! ¡Pronto se hartará de ella!

VOISIN Pues entonces...

MONT. No, no es ella la que más temores me da. ¡Es la otra!... La favorita de mañana.

VOISIN La Maintenon.

MONT. ¡Otra que también es obra mía! Yo la he sacado á luz, después de muerto Scarron. Yo obligué al rey, venciendo su repugnancia, á tomarla de aya de nuestros hijos. ¿Cómo iba yo á preveer que, en fuerza de admirar sus cuidados maternales, fuera el rey á enamorarse de semejante niñera? Tarde lo he comprendido; y de favor en favor van á hacerla marquesa. (Se levanta, pasando á la derecha. La Voisin la sigue.) ¡Marquesa! ¡Esa mendiga,

marquesa! La viuda del tullido Scarron... esa maritornes... esa niñera... ¡Marquesa como yo!... ¡Ella! ¡Ese guiñapo! (Exaltadísima se deja caer en el sillón de la derecha.)

VOISIN (Apoyándose en el respaldo del sillón y muy insinuante.) Pues entonces, señora, hay que defenderse.

MONT. Por eso vuelvo á recurrir á tus sortilegios.

VOISIN No hay más que uno, señora, uno solo que jamás os ha fallado. ¡La misa negra!...

MONT. ¡Oh!

VOISIN Y los polvos.

MONT. Sí.

VOISIN Recuerde bien la señora Marquesa. Las primeras misas ¿dónde se dijeron? Una hace catorce ó quince años en casa de la hermana de la señora Marquesa, para suplantar á la de la Vallière, que poco después entró en el convento. Otra hace seis años, una tarde que llegasteis, como hoy á decirme: «¡Voisin, estoy perdida! ¡Un vicario de Versalles me ha negado la absolución! Han persuadido al rey de que rompa conmigo. ¡Marcha á Flandes y me ordena volver á París!» Dijimos la misa ahí, (Indicando la habitación del fondo á la izquierda.) en mi casa; y el rey á su regreso os tomó en sus brazos y os condujo á su cámara con estupefacción de la corte entera.

MONT. Sí, fué un gran triunfo.

VOISIN Al año siguiente, nueva alarma, por la Soubise. Otra misa y otro triunfo. Si después de todo eso, la señora Maquesa duda aun de mi poder...

MONT. No. Pero esa horrible misa ¿no podrías hacerla sin mí, como la hiciste dos veces, ocupando mi puesto la Deseillets?

VOISIN Oh, señora; eso era solo para desbancar á la Louvigny, cosas de poca monta. ¡Pero contra dos rivales tan temibles como la Fontanges y sobre todo la Maintenón, vuestra presencia es indispensable!

MONT. (Con gran repugnancia.) ¡Es tan horrible, tan odioso!

VOISIN (Acercándose más persuasiva.) Pensad que guar-

dais puesto vuestro antifaz y que nadie, excepto mi hija y yo, sabe quien sois.

MONT. ¿Estás bien segura?

VOISÍN Vuestro nombre no ha sonado nunca. Y además ¿quién puede pensar que seais vos?

MONT. ¿Pero, quién dirá esa misa?

VOISIN Siempre los mismos. El abate Guibourg...

MONT. ¿Y Lesage?

VOISIN Lesage de acólito.

MONT. (Después de reflexionar.) En fin, puesto que es preciso...

VOISIN Indispensable... ¡y misa más ó menos!...

MONT. Pero, ¿dónde y cuándo?

VOISIN Arriba, señora, y ahora mismo. (Indica la puerta del fondo izquierda.)

MONT. ¿Es posible?

VOISIN He previsto el caso. (Llamando á la puerta de la izquierda.) Margarita. (A la Montespan.) Necesitamos toda la noche para preparar los polvos después de la ceremonia. Mi hija os los llevará mañana por la mañana á Clagny. (Margarita entra, saluda á la Marquesa y espera.)

MONT. El hermano de la Deseillets, mi palefranero, que conoce á tu hija, la esperará desde las ocho en la verja del Dragón. Le salvé de la horca cuando era soldado, y me es tan fiel como su hermana, á la cual entregará lo que me envíes. (Margarita toma el abrigo de la Marquesa.)

VOISIN Bien, señora. (A media voz á su hija) Prepáralo todo allá arriba. (Margarita sube las escaleras del fondo y entra en la habitación.)

VOISIN ¿La señora tiene siempre á su devoción aquel oficial de copa?...

MONT ¿Guillot? Sí.

VOISIN Ese pondrá según costumbre, los polvos en el refresco de noche del rey.

MONT. ¿La naranjada ó el agua de cedro que toma siempre en verano al acostarse?

VOISIN Sí. Tenga la señora la bondad de subir con Margarita. (Margarita ha salido un momento antes y espera á la puerta.)

MONT. Mi antifaz. (Lo coge de sobre la mesa y sube las escaleras del fondo. Toda esta última parte de la es-

cena debe llevarse con rapidez.) ¡Ah, Voisin, lo que gozaría la Scarron si viese á qué cosas me obliga! (Se pone el antifaz y precedida de Margarita entra en el cuarto misterioso, cuya puerta vuelve á cerrarse.)

ESCENA IX

LA VOISIN, GRIFFARD, GUIBOURG, MARGOT y MARGARITA

VOISIN (En cuanto desaparece la Montespan va á la puerta de su cuarto, primera de la izquierda, abre y llama.) ¡Venid, venid!

GRIF. (Saliendo aparte.) (Hace trampas hasta en el ajedrez.) ¿Qué fué de la dama?

VOISIN ¡Chist! ¡Allá arriba! Acerté en que te quedaras. Vas á remplazar á Lesage.

GRIF. ¿Para qué?

VOISIN Para la misa negra que vamos á decir.

GRIF. ¿La misa negra? ¿Todavía se hacen esas diabluras? ¿Y qué papel me toca?

VOISIN Muy sencillo. Entrar conmigo con un cirio en la mano y colocarte detrás de la dama enmascarada. Como ella no te verá la cara, te tomará por Lesage. Sobre todo, ni una palabra que pueda denunciarte. Cuando todo se haya concluído y se levante, apagas el cirio y te vas más que de prisa. No te necesitamos esta noche para preparar los polvos.

GRIF. Y todo eso ¿va á durar mucho?

VOISIN Anda, que no se te hará el tiempo largo. (Margarita reaparece en el fondo.) Todo está dispuesto. Y ahí tienes á Guibourg, que oficiará. (Margot trae dos cirios negros encendidos. Viene detrás de Guibourg.)

GRIF. (No soy muy devoto, pero esta infame parodia, por estos canallas...)

VOISIN ¿Qué dices?

GRIF. Nada. Que en este mundo hay que verlo todo.

VOISIN (*Dándole un cirio y cogiendo otro.*) Toma y sígueme.

GRIF. ¡Guibourg y yo! ¡dos abates! ¡Si el diablo no está contento!... (*Se dirigen todos hacia el cuarto del fondo.—Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La Gruta de Tetis

La Gruta de Tetis, en Versalles, iluminada con bujías. Al fondo los grupos de estatuas de Girardón y de Marsy, detrás de los cuales está oculta la orquesta. Puertas laterales. La de la izquierda da al parque, la de la derecha al palacio. Casi en el mismo proscenio dos pilastras. A la derecha y al fondo, buffets. Por todas partes asientos para los invitados al concierto. A la izquierda, delante de la pilastra, un sillón y dos sillas. A la derecha, otro sillón con dos sillas. A las puertas, guardias del rey. Por todas partes lacayos. En escena grupos de cortesanos, damas, yendo y viniendo, sentados, de pie, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

COLBERT, DE VISÉ, DE POMMEYRAC, DUQUE DE VENDOME, DUQUESA DE BUILLON, DE CESSAC, LOUVOIS; luego LA MONTESPAN, HÉCTOR, LA DE D'HUMIÉRES, LA DE BRISSAC, LA DE NEVERS, DAMAS y CORTESANOS. Un NEGRO con rico y pintoresco traje, distribuye programas

DE POM. ¿Es la primera vez que se da un concierto en la gruta?

DUQUE La primera.

DUQ.ª (Leyendo el programa.) Lulli, Marcha de Baco, Bellepheron.

DE CES. El éxito del día.

COLBERT Señor de Visé, esta fiesta llenará lo menos seis páginas de vuestro *Mercurio Galante.*

DE VISÉ (Saludándole con mucha ceremonia.) Si el señor

Colbert se digna leerlo, será mi más dulce recompensa. (Profundo saludo.)

DE POM. (A las damas, viendo llegar á Louvois.) El marqués de Louvois.

COLBERT Señor marqués...

LOUV. Señor Colbert. (Profundos saludos.)

MONT. (Llega con La Deseillets seguida de varias damas y caballeros.) Que linda está así iluminada la gruta, ¿verdad, señores? (Todos los personajes que están en escena se apresuran á saludarla.)

LOUV. Veo con júbilo, señora, que no estais enferma, como temíamos.

MONT. Ayer sí, un poco de jaqueca; pero hoy...

LOUV. Más bella que nunca.

MONT. Señores, tengo el sentimiento de anunciaros que la reina, retenida por sus devociones, no asistirá al concierto. (Murmullos de decepción.)

NEV. Ahí llega la Delfina. (Aparece la Delfina acompañada de damas, la Fontanges, la D'Ormoize. Grandes suludos.)

COLBERT (A la Montespan.) Y la señorita de Fontanges, tan lánguida como siempre.

MONT. Apenas puede andar. Más le valiera á la pobrecita quedarse en la cama.

BRIS. No veo á la señora de Maintenon.

MONT. ¡Oh, no la esperéis! Esta gruta la exaspera. Su virtud no tolera al rey transformado en Apolo, rodeado de tantas bellezas.

DE POM. (Viendo á Héctor en un grupo á la derecha.) Tralage nos dará razón... Caballero. (Tralage se vuelve y se acerca á saludar á la Marquesa.) ¿Tendremos el gusto de ver esta noche á la señora marquesa de Maintenon?

HÉCTOR La marquesa se quedó en Maintenon, con permiso de su majestad.

MONT. ¿No os lo dije? Gracias, caballero.

ESCENA II

DICHOS, GRIFFARD y LA REYNIE

LA REY. (Viendo al Abate) ¡Ah, señor Griffard!

GRIF. Señor...

LA REY. Os buscaba.

GRIF. Desgrez me dijo, dándome una invitación para el concierto, que deseabais verme aquí.

LA REY ¡Ante todo, mis plácemes, abate! Habéis estado admirable. (Vienen al proscenio derecha.)

GRIF. Desgrez os ha contado...

LA REY. La captura de la Voisin y toda su banda, sí.

GRIF. ¿Y la extraña ceremonia á que asistí anoche?

LA REY Sí. No tuvieron tiempo, según parece, de hacer desaparecer casullas, cirios y demás accesorios de la misa sacrílega.

GRIF. Dicha para una dama de la corte y para confusión de sus rivales. Es cuanto pude sacarle sobre esto á la Voisin.

LA REY. ¿Y no habéis podido saber quién era la dama?

GRIF. Nada. No se quitó un momento el antifaz.

LA REY. Quizás está aquí á dos pasos de nosotros. Y ella ¿no os vió?

GRIF. Seguramente no. Yo estaba detrás, con un cirio en la mano. Sorprendido cuando ella se levantó bruscamente, dejé caer sobre su hombro una gota hirviendo del cirio, lo apagué y tomé la puerta, mientras los otros se apresuraban á curarle la quemadura.

LA REY. ¿De modo que no os reconocería?

GRIF. Como tampoco yo á ella.

LA REY. ¿Y á falta de otros indicios, la voz?...

GRIF. No desplegó los labios en toda la ceremonia. Sólo una palabra, cuando sintió la gota de pez, más bien un grito: «¡Torpe!» Todo cuanto puedo deciros es que no es muy joven, bien formada, de mediana estatura, buenas carnes, blanca y rubia. Pero bien pronto podreis saber quién es, por la Voisin.

LA REY Así lo espero.

GRIF. ¿Versalles ignora todavía el golpe de esta mañana?

LA REY. Probablemente. A lo sumo empieza á conocerse en París.

GRIF. ¿Y habría inconveniente en divulgar la noticia?

LA REY. Ninguno.

GRIF. Tengo curiosidad de ver qué efecto produce.

LA REY. Haced como os plazca. (Va al fondo.)

GRIF. (A de Visé, que está con Cessac.) Querido de Visé...

DE VISÉ ¡Cómo! ¡El abate Griffard!

DE CES. ¿Resucitado? (La Deseillets esta junto á la pilastra de la izquierda.)

DE VISÉ En el *Mercurio* os creíamos muerto.

GRIF. De viaje solamente.

DE CES. Viaje de negocios.

GRIF. De recreo. Acabo de llegar y estoy apenas instalado.

DE VISÉ ¿En Versalles?

GRIF. En París. De donde os traigo una gran noticia. La prisión de la adivinadora á la moda.

LOS DOS ¡La Voisin! (La Desillets se acerca á escuchar disimuladamente.)

GRIF. ¡La Voisin!

DE VISÉ ¿Y por qué?

GRIF. Por sortilegios y venenos.

DE VISÉ ¿Otra Brinvilliers?

DESEI (Acercándose á Griffard.) Dispensad, señor abate; ¿decís que han preso á la Voisin?

GRIF. Esta misma mañana.

DESEI ¿Estais seguro?

GRIF. Yo estaba presente.

DESEI. Gracias. (Va al fondo vivamente, buscando á la Montespan, entre los invitados)

GRIF (Sin duda una de sus parroquianas.) (A de Visé.) ¿Quién es esa?

DE VISÉ La Deseillets, camarista de la Montespan.

GRIF. ¡Ah!

DE VISÉ ¡La Voisin presa! ¡Qué sorpresa para muchos!

GRIF. ¡Y qué inquietud para algunos! (De Visé con de Cessac van al fondo, donde se les ve divulgar la noticia. Griffard solo en el proscenio se vuelve un poco á ver qué efecto produce la noticia y advierte que la Deseillets está hablando bajo á la Montespan.) Ya está la Deseillets contándoselo á su señora. ¿Y á la Montespan qué puede importarle que prendan á la Voisin?... ¿Una parroquiana?... ¿Ella también?... (La Montespan, seguida de la Deseillets, viene hacia la pilastra de la derecha.) ¡La Voisin hablaba de duquesas,

de marquesas!... (Mirando con el rabillo del ojo. La Montespan, muy emocionada, se apoya en el respaldo del sillón.) ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Qué agitación!... ¿Tanto le interesa la cosa? (La Montespan se sienta en el sillón. La Deseillets le da á respirar un frasquito.) ¿Y no nos podemos tener de pie?... ¿Emocionada hasta ese extremo?... Es bien raro... (La Montespan se abanica nerviosamente.) ¡Ah! ¡Ese gesto! ¡Y el abanico!... ¡El abanico! ¡Ella! ¡La Montespan!... ¡Es absurdo! (A un gesto de la Montespan, la Deseillets va al buffet inmediato á hacerse servir un vaso de naranjada para la Marquesa que sigue abanicándose, sin reparar en Griffard, que no deja de observarla. El negro de los programas que andaba por allí le alarga un programa que Griffard coge maquinalmente.) ¿Eh? ¿Qué?... ¡Ah, sí, gracias! Después de todo... ¿es un absurdo?... ¿Por qué un absurdo? Una belleza de la corte, decía la Voisin, que quiere suplantar á dos rivales... ¿Dos? ¡La Fontanges y la Maintenon!... ¿Y los polvos?... Entonces... los polvos... ¡Para el rey! (En el momento que la Deseillets coge la naranjada para llevarla á su señora, Solange, viniendo del fondo, llega al buffet, al lado de la Deseillets.)

DESEI Buenas noches, señorita.

D'ORM. Buenas noches. (Al del buffet.) Una taza de leche helada.

DESEI (Recalcando.) ¿Para la señorita de Fontanges?

D'ORM. Sí.

DESEI. Está muy linda á estas luces.

D'ORM. Pero tan débil y tan delicada...

DESEI ¡Siempre cuesta algo la fortuna! (Va al lado de la Montespan á darle la naranjada, mientras Solange lleva á su señora la taza de leche.)

GRIF. (Siguiendo sus observaciones.) Buenas carnes... blanca, rubia... El parecido es grande... Lo que haría falta es oir la voz... (Tiende el oído esperando que la Montespan hable) Nada. Está muda. ¡Eh, amigo! (Haciendo seña al negrito que se acerca.) ¿Ves allí la Marquesa?

NEGRO Sí.

GRIF. Una pistola para ti si al pasar das un empellón á su silla.

NEGRO Oh, señor, no me atrevería.

GRIF. Dos pistolas.

NEGRO Probaré.

GRIF. (Mientras el negro, distribuyendo programas, se va acercando á la Marquesa.) Y si es ella, mi querido abate, me harás el favor de no meterte en más honduras. El bocado sería demasiado caro para ti. (El negro, al pasar por detrás de la Marquesa, tropieza con fuerza en el respaldo del sillón.)

MONT. (Irritada.) ¡Torpe!

GRIF. ¡Eso es!

NEGRO Perdonad... yo...

MONT. ¡Vete, imbécil! (Limpiándose el vestido sobre el cual se derramó un poco de naranjada.)

GRIF. ¡La misma voz!... ¡Servidor!... ¡Otro talla!

DESEI. (Limpiando con el pañuelo el borde de la falda de la Montespan.) No fué nada... ¿La señora está mejor?

MONT. Sí. Un poco de sorpresa solamente. Lo inesperado de la noticia.

DESEI. Mandaremos á decir á la Voisin que se calle y se la salvará.

MONT. Y aunque hablase, ¿quién iba á creerla?... ¿Quién se atrevería á acusarme?... ¡No!... Nada tengo que temer.

VOZ ¡El rey!

(Gran movimiento de escena. Todos se ponen en pie, volviéndose hacia la puerta de la izquierda que comunica con el palacio. Las damas forman un arco de círculo, desde el grupo de Apolo hasta la pilastra de la izquierda. Los hombres detrás de ellas.)

ESCENA III

DICHOS y el REY

Luis XIV llega seguido á poca distancia de varios caballeros. Un grupo de damas, mientras el Rey avanza, forma arco de círculo entre el buffet y la pilastra ante la cual ha quedado la Montespan. De esta suerte, el Rey ha quedado al avanzar, entrando hacia el proscenio, en el centro de un espacio formado por tres arcos de círculo de damas y detrás de ellas los cortesanos. El Rey se vuelve,

primero, á las damas del fondo, todas las cuales responden á su saludo, haciéndole una profunda reverencia. En seguida se dirige á la Delfina y le besa la mano. Avanzando más se dirige á la Montespan. Todas las damas hacen un movimiento de curiosidad sin quitar ojo á lo que va á pasar.

MONT. (A la Deseillets aparte, mientras el Rey se acerca.) Míralas, esas malvadas, acechando cómo me hablará después de nuestra reyerta de ayer.

REY (Llega á ella y la saluda. La Montespan le hace una gran reverencia.) Demasiados perfumes, Marquesa, siempre tan fuertes.

MONT. (A media voz, ligeramente sarcástica.) Preguntaré á la señora de Maintenon dónde se procura el jazmín con que nos trastorna, y que nunca ha molestado á Vuestra Majestad. (El Rey la hace un ligero saludo sin contestar, se vuelve y ve á la Fontanges, á la cual toma el Rey por la mano para conducirla á su asiento. La Montespan, con rabia, dice á la Deseillets.) ¡Lo ves!... (El Rey se sienta de espaldas al público, á su izquierda la Fontanges, á su derecha la Delfina, y á la derecha de esta la Montespan. En cuanto el Rey está sentado, otras damas ocupan sus taburetes. Otros grupos guarnecen la escena á derecha é izquierda en semicírculos. Solange quedó de pie detrás de la Fontanges entre la silla de esta y la pilastra. Análogamente al otro lado la Deseillets detrás de la Montespan. El Rey levanta el bastón como señal de que comience la música. Todos escuchan atentamente la música. Héctor aprovecha este momento en que todos escuchan, mirando hacia donde se supone la orquesta, para acercarse á la pilastra por delante, y hacer seña á Solange. La invisible orquesta comienza á tocar la Marcha de Bellepheron, que dura toda la escena.)

HÉCTOR (A media voz, con precaución.) ¡Solange! (Solange se vuelve, le ve, y emocionada después de observar si la miran, viene á unirse á Héctor. Hablándole por encima del hombro, cuidando no reparen en ellos.) Hablemos sin que lo noten. ¿Erais vos quien os ocultásteis á mi vista, ayer, en casa de esa mujer, de la adivinadora que acaban de prender?

D'ORM. Sí.

HÉCTOR ¿Y por qué os esquivábais así?

D'ORM. No quería que me viérais Estaba avergonzada del motivo de mi visita.

HÉCTOR ¿Y cuál fué ese motivo, mi querida Solange?

D'ORM. ¿A qué preguntarlo, Héctor? ¡Bien lo sabéis!

HÉCTOR ¿Ibais á consultar á la adivinadora?

D'ORM. Sí.

HÉCTOR ¡Qué locura! ¿Esperábais de ella revelaciones dignas de fe?

D'ORM. ¡Oh! ¡Me dijo muchas verdades!

HÉCTOR Del pasado, quizás, y aun del presente. ¿Pero qué sabe ella del porvenir?

D'ORM. Cuando se sufre se acepta fácilmente cuanto puede dárnos alguna esperanza.

HÉCTOR O desesperarnos.

D'ORM. También... Es preferible saber de una vez el mal ó el bien que nos espera.

HÉCTOR Pues para eso valiera más que preguntarle á esa aventurera, preguntarme á mí.

D'ORM. ¿A vos?

HÉCTOR Que os hubiera dicho mejor que ella todo cuanto puede devolver la tranquilidad á ese corazoncito enfermo.

D'ORM. ¡Oh, Héctor!.

HÉCTOR (Cogiéndole la mano.) ¡Y os hubiera asegurado que todo cuanto os atormenta no es tan grave como creéis, sino un momento de olvido, de locura, de que ahora me avergüenzo!

D'ORM. ¡Ah, si pudiera creeros!...

HÉCTOR Creedme y... (En este momento se ve caer desmayada á la Fontanges, y á un grito que al notarlo da la D'Humieres todos se dan cuenta. La música cesa. Gran agitación. El Rey y todo el mundo se pone en pie, acudiendo á la Fontanges.) ¿Qué pasa?

REY ¡Apártense todos!... ¡A un lado, señoras, á un lado, por favor! (Las damas obedecen.)

MONT. ¡Un pomo! (Tomando un pomo de manos de su camarista y haciéndoselo aspirar á la de Fontanges.)

REY ¡D'Aquin!... ¡Llamad á D'Aquin!

D'ORM. ¡Señora!... ¡Señora!...

MONT. Desabrochadla. (D'Aquin acude seguido de La Reynie)

REY Ved esto, D'Aquin, ved esto.

D'AQ. ¡Plaza, señoras, por favor! (Todas se apartan.) ¿Cómo ha sido?

REY Súbitamente.

MONT. ¡Tiene una salud tan deplorable! (D'Aquin la toma el pulso y se inclina sobre ella.)

LOUV. Acaso el calor. .

D'ORM. La señora se quejaba del frío...

D'AQ. ¿Espasmos?... ¿Sufrís mucho, señora? (La Fontanges responde con gemidos.) ¿Dónde?.... Aquí... ¿Calambres? (Responde por signos afirmativos.) ¡Sí!... ¿Violentos?...

DESEI. ¿No habrá sido la taza de leche helada que le sirvió la señorita D'Ormoize?

D'AQ. ¿Vos la dísteis...?

D'ORM. Ella la pidió, señor.

D'AQ. ¿Y fué después de beberla?...

D'ORM. Poco después.

D'AQ. Lo más apremiante es llevarla de aquí. (Algunas damas se apresuran á acompañar á la Fontanges, ayudándola á andar. La Delfina, con las damas de su acompañamiento, salen en seguida por la misma puerta.) Despacio... con cuidado. Andad, ya os sigo. (Al Rey.) Le daremos ahora también leche; pero caliente. Es el mejor antídoto.

REY ¿Vos creéis?...

D'AQ. ¡Oh, sir, en los tiempos que corren!...

REY (A Solange, que iba á salir detrás de su señora.) Esperad, señorita. ¿Dónde tomásteis esa taza de leche?

D'ORM. En el buffet, como todo el mundo, sir.

REY Y la taza, ¿no salió de vuestras manos?

D'ORM. No, sir.

D'AQ. ¿Dónde está?

D'ORM. Sobre este velador. (Indicando el que hay detrás de la pilastra. Va á coger la taza, pero D'Aquin se adelanta, coge la taza, la mira... Todos están pendientes de lo que hace.)

D'AQ. Que la conserven con el mayor cuidado y sobre todo que no la laven. (El Mayordomo se va por la derecha llevándose la taza.)

D'ORM (Indignada.) ¡Cómo!... ¿Podéis creer?...

REY Mucha prisa os dais á defenderos, señorita, cuando nadie os acusa.

D'ORM. Pero, sir, el señor D'Aquin...

REY — Volved á vuestras habitaciones y esperad allí mis órdenes y las del señor. (Señalando á La Reynie.)

D'ORM. — ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es posible? (Rompiendo á llorar.)

REY — Señoras, podéis retiraros. (Saluda y vase con D'Aquin, Colbert y Louvois, por el palacio seguido de la mayor parte de los cortesanos. Varios invitados, damas y señores se van por la izquierda. Quedan muy pocos al fondo.)

MONT. — (A la Deseillets con rabia.) Y para mí ni una palabra. Todo para ella. (La Montespan va hacia el fondo. Señoras y cortesanos la rodean.)

HÉCTOR — (A La Reynie.) No supondréis á la señorita D'Ormoize capaz de...

LA REY. — Héctor, dispensadme de contestaros.

HÉCTOR — ¿Tendréis inconveniente en que la acompañe hasta la puerta?

LA REY. — Hubiera lamentado que no lo hiciérais. (Héctor da la mano á Solange y se la lleva, toda llorosa. La Reynie, que se dirigía hacia la salida, ve á Griffard, que junto á la pilastra de la derecha ha presenciado tranquilamente todo lo sucedido, y se detiene para decirle.) ¿Y éste accidente no os inspira ninguna reflexión, señor Griffard?

GRIF. — Una sola. Que no conviene dar leche helada á una enferma.

LA REY. — ¿Nada más?

GRIF. — Nada.

LA REY. — ¿No os parece que la desconocida de anoche, pudiera ser?...

GRIF. — ¿La señorita D'Ormoize? ¡Oh, no! ¡De ningún modo! Ni su voz, ni su figura..

LA REY. — Sin embargo, yo tengo mis razones para creerla muy hostil á su señora...

GRIF. — De eso no sé nada. Pero estoy bien seguro que la dama de anoche, la de la misa negra, no es esa joven.

LA REY. — ¡Eso ya lo veremos! (La Reynie se va por la derecha.)

GRIF. — ¿La cree culpable? ¡Ah! ¡Entonces sí que no! ¡No! ¡Dejar á esa pobrecita sufrir... ser calumniada... condenada acaso... mientras la otra se pavonea ahí, recibiendo cortesías!..

¡No!... ¡Fuera eso una cobardía indigna!... Si hay peligro, que lo haya. Yo sé nadar... me echo al agua... ¡Y Cristo con todos!

MONT. Llama á tu hermano y pide nuestras literas. Volveremos á Clagny.

GRIF. No tan pronto. (En voz bastante alta á Visé que estaba en el fondo con Pommeyrac y otros caballeros.) ¿Qué os parece, querido amigo?

DE VISÉ ¡Qué aventura!

GRIF. (Alto para que lo oiga la Montespan.) Sí, por inofensivo que el hecho sea, creeríase todavía en un veneno, gracias á la Voisin.

DE VISÉ ¡Y pensar que todos íbamos á su casa inocentemente!

GRIF. ¡Y yo el primero! ¡Ayer mismo! (Recalcando las palabras. La Montespan aguza el oído. La Deseillets después de haber hablado con su hermano, que volvió en seguida á marcharse, viene al lado de su señora trayéndola el abrigo; la Montespan le hace señas de esperar y callarse.)

DE VISÉ ¿Ayer?

GRIF. Al anochecer.

MONT. (Bajo á la otra.) Escucha.

GRIF. Y esta mañana fuí uno de los primeros que visitaron una habitación toda revuelta, donde anoche se celebró cierta ceremonia.

MONT. (Vivamente á la Deseillets.) Ese hombre sabe más de lo que conviene. Tráemelo.

DESEI. (Deja el abrigo sobre el respaldo del sillón y se acerca á Griffard.)

DE VISÉ ¿Qué ceremonia?

GRIF. Curiosísima. Figuraos...

DESEI. Perdonad, señor Abate.

GRIF. Señorita...

DESEI. La señora Marquesa desea hablaros.

GRIF. Honradísimo. (Se dirige hacia ella.)

MONT. (Muy amable.) Tengo el gusto de hablar al señor Abate...

GRIF. Griffard, señora, el abate Griffard; á vuestros pies.

MONT. Diréis señor Griffard... pero sentaos. (Griffard se sienta á corta distancia de la Montespan.) Diréis que soy bien curiosa. Pero ese es el pecadillo de todas las mujeres. Os he oído hablar

de esa bruja... la Voisin, ¿no es así cómo se llama?

GRIF. La Voisin, sí, señora.

MONT. Y me pareció comprender que habíais visto en su casa indicios de no se qué ceremonia.

GRIF. La misa negra.

MONT. Vaya, señor Abate, ¿realmente existen esas cosas en nuestros tiempos?

GRIF. Ya lo creo.

MONT. Yo las suponía más bien legendarias.

GRIF. Nada de eso.

MONT. ¿Vos creeis...?

GRIF. No solo creo, estoy seguro.

MONT (Burlona. A la Deseillets.) ¿Tú oyes esto?

DESEI. Sí, señora.

MONT. ¿Y en qué os fundais?

GRIF. En el testimonio de un amigo, que ha asistido á una de ellas, precisamente á la de que hablamos... (Movimiento de las dos mujeres.)

MONT. ¿A cuál?

GRIF. A la de ayer, en casa de la Voisin.

MONT. Vuestro amigo querría embromaros...

GRIF. ¿Y por qué?

MONT. Porque de no ser uno de los dos oficiantes...

GRIF. ¿He dicho yo que fueron dos?

MONT. Bien sabido es que en toda misa...

GRIF. ¡Precisamente!... El acólito, un tal Lesage, estaba ausente, y la Voisin le sustituyó en el último momento por mi amigo, que estaba allí á mano.

MONT. (Inquieta.) ¿Y es el...?

GRIF. Quien tuvo el cirio en lugar de Lesage.

MONT. ¡Oh!

GRIF. (Que hace como que no ve la turbación de la Marquesa.) ¡Oh! Sí. Realmente es un abuso de confianza; pero después de todo, un testigo ú otro...

MONT. (Con voz sorda.) La Voisin es una miserable y vuestro amigo...

GRIF. ¡Oh, señora! Mi amigo no se esperaba ver lo que vió... y lo que yo no me permitiré deciros con detalles. Y una vez allí, ¿cómo marcharse ya? ¡Estaba fascinado! ¡Fascinado!... Esa es la palabra, fascinado.

MONT. De todos modos, él ignora quién sea la heroína de la aventura.

GRIF. Por lo menos, no la nombró.

MONT. ¿Y cómo va á saber su nombre?... ¡Tenía puesto el antifaz!... ¡Supongo!

GRIF. (Confirmando.) Enmascarada.

MONT. No pudo, pues, verle la cara.

GRIF ¡Es precisamente lo único que no vió!

MONT. Por consiguiente, ignora quién es.

GRIF. Pretende haberla casi reconocido.

MONT. ¿Dónde?

GRIF. Aquí mismo. Hace un momento.

MONT ¿Y en qué?

GRIF. La estatura... el talle... el conjunto de la persona... la más bella cabellera rubia.

MONT. No se ve aquí más que rubias.

GRIF Y luego la voz... altanera, imperiosa, incomparable... ¡Por más que ella se guardó bien de hablar!

MONT. ¿Y entonces?...

GRIF. ¡Pero no pudo retener una exclamación y esa basta!

MONT. ¡Bah! ¿Eso es todo?

GRIF. ¡Oh, no! Hay otro indicio. Según parece, el diablo se complace en marcar á sus devotas con una quemadura. ¡Y anoche no dejó de hacerlo!... Mi amigo, y con razón, estaba tan turbado que del cirio negro que tenía en sus manos temblorosas una gotita de pez cayó sobre el hombro de la dama... que sin duda ocultó luego la señal bajo un gracioso lunar en semejante parte. (Indica sobre su hombro el sitio análogo al del lunar que en el suyo lleva pintado la Montespan y que ésta trataba de ocultar júgando con el abanico.)

MONT. No será ese lunar su delator, si vuestro amigo no tiene otras pruebas contra ella.

GRIF ¡Contra ella! ¿Qué decís, señora? Mi amigo no piensa divulgar esa aventura. Es hombre muy galante y rinde bastante culto á la belleza para no creerse obligado á cierto agradecimiento con la que se permitió admirar tan generosamente.

MONT. ¿Es decir...?

GRIF. Su caso es casi el mismo de Acteon cuando sorprendió á Diana en el baño. Y si Acteon joven y bello, no obtuvo perdón ante la diosa indignada, mi amigo que no es bello ni joven, menos podrá esperar merecerlo.

MONT. ¡Cierto que no! Y solamente suponerlo es ya mucha insolencia.

GRIF. Pero hay otra solución.

MONT. ¡Ah!

GRIF. Que pudiera conciliarlo todo.

MONT. Su silencio, ¿no es eso?

GRIF. Vos lo habéis dicho.

MONT. ¡Vamos! El ofrecimiento era de esperar. No es muy honrado, pero al menos es franco. ¿Y qué pide vuestro amigo en pago de su discreción?

GRIF. Para él nada.

MONT. ¿Nada? Ni dinero, ni empleo, ni...

GRIF. Nada...

MONT. Entonces, no comprendo.

GRIF. Quiso, ante todo, asegurarse de que no había error de persona, para atestiguar en caso necesario á favor de una joven por la cual tiene el más vivo interés.

MONT. ¿Y esa joven?...

GRIF. Es la señorita D'Ormoize.

MONT. ¿La camarista?

GRIF. Acusada sin razón de haber servido á la señorita de Fontanges una taza de leche envenenada.

MONT. ¿Sin razón? ¿Qué sabéis?...

GRIF. ¡Sin razón! Y lo único que puede dar razón á semejante fábula, es el error del señor de Le Reynie, que cree ver en la D'Ormoize la dama de anoche en la misa negra.

MONT. (Mirando á la Deseillets.) ¡Calla!... ¡Es curioso!

GRIF. ¡Muy curioso! A poco que se incite á la Voisin á callar la verdad, cosa muy probable, y á poco que esa bruja confirme las sospechas de La Reynie, la pobre niña está perdida. Aunque el accidente no tenga consecuencias, siempre será sospechosa de una tentativa de envenenamiento.

MONT. ¿Y qué?

GRIF. A menos que la ilustre dama, con la cual le hacen el honor de confundirla, compadeciéndose de esa desgraciada, emplee su *real* influencia para evitarle, secretamente, todo peligro presente y futuro.

MONT. ¿En cuyo caso?.

GRIF. Mi amigo, satisfecho, ignora en absoluto quién es la dama de la noche pasada.

MONT. Mientras que en el caso contrario...

GRIF. Lo dice todo.

MONT. ¿Al señor de La Reynie?

GRIF. Al rey.

MONT. ¿Sin pruebas?

GRIF. Las tendrá.

MONT. (Soltando la carcajada.) ¿La quemadura? ¿Y ese imbécil piensa que le van á creer?

GRIF. Se lo figura el muy estúpido.

MONT. Pues bien, ya que no tuvo la prudencia de callarse... decid á vuestro amigo que si no quiere ser quemado ó enrodado vivo en la plaza pública, como cómplice de la Voisin, no tiene que hacer sino como Acteón. (Se levanta. Griffard también.)

GRIF. ¿Transformado en ciervo?

MONT. Sí. (Deseillets pone el abrigo á la Montespan.)

GRIF. ¿Con todos los perros de la dama tras él?

MONT. Así puede esperarlo.

GRIF. Sí; pero no creais que lo esperará.

MONT. ¡Allá veremos! Buenas noches, abate.

GRIF. ¡Oh, señora! ¡Ninguna tendrá jamás el encanto de la noche pasada! (Saluda ceremoniosamente y va al buffet, donde se hace servir un refresco.)

MONT. ¡Miserable! ¡Lo que merece es un calabozo en la Bastilla!

DESEI. Yo tengo algo mejor. (Mientras la Marquesa se se dirige al fondo, donde algunas damas y cortesanos la esperan para saludarla y despedirla, la Deseillets llama aparte á su hermano Fabián y le dice por lo bajo:) ¿Ves aquel abate? Bueno, pues con mis dos lacayos le esperas á la salida del parque de la Avenida de la Reina, y allí le dais de palos hasta dejarle muerto. Es orden de la señora, y suceda lo que suceda

nada tenéis que temer. ¿Has comprendido? ¡Anda! (Fabián asiente con el gesto.)

MONT. Señores, buenas noches. Vamos. (Ambas salen por la izquierda. Todos los cortesanos se retiran lentamente por la derecha.)

ESCENA IV

GRIFFARD y LACAYOS

En cuanto la Montespan se va, los lacayos empiezan á recoger los accesorios del buffet, metiéndolo todo en grandes cestos

GRIF. (Que no ha quitado ojo á la Deseillets mientras hablaba con su hermano, bebiendo él su refresco.) ¿Qué diablos diría la camarista á ese bribón que tanto se parece á mis compañeros de galeras? ¡Malo, malo, malo! (Deja el vaso sobre el buffet. Atraviesa la escena, va á salir por la izquierda pero se detiene, reflexiona un momento, se vuelve y va á salir por la derecha.)

MAY. (Cerrándole el paso.) Excusad, señor. ¿Dónde vais por ahí?

GRIF. A salir.

MAY. (Indicándole la izquierda.) La salida es por allí. De este lado es palacio.

GRIF. (Mirando de lejos la salida de la izquierda.) ¿Por ahí se sale?

MAY. Sí. Seguid los jardines hasta la verja del Dragón. (Vuelve al fondo á dar órdenes. Griffard vuelve á dirigirse á la izquierda y vuelve á detenerse. De ese lado se percibe el parque completamente oscuro.)

GRIF. ¡Hum!... ¡Todo negro y desierto! ¡Y al otro lado aún más negro y desierto! (Vuelve á buscar al Mayordomo, que está dando prisa á los lacayos cerca de la pilastra de la derecha.) Decidme, amigo, ¿no hay más salida que esa?

MAY. No hay otra. Y daos prisa, señor, vamos á cerrar. (A media voz á un lacayo, mientras Griffard vuelve á la derecha.) ¿Qué le pasa á este que no quiere marcharse? (Hace señas á los otros para que no le pierdan de vista.)

GRIF. (Ha vuelto á acercarse á mirar al parque y ha vuelto

á retroceder, reflexionando.) ¡Demonio! ¡Demonio! ¡Demonio!... En cuanto dé dos pasos fuera del parque, me acechan, me sorprenden y me muelen á palos... Y sin un arma para defenderme. (Tentándose los bolsillos. En este momento uno de los lacayos que ha llenado de plata un cesto, lo pone de golpe sobre el suelo, casi en el centro de la escena. Al ruído que hacen los cubiertos Griffard se vuelve y como inspirado exclama paaa sí.) ¡Ah, diantre, esta es la mía! (El lacayo, después de dejar el cesto, vuelve hacia el fondo. Griffard, con aparentes y falsas precauciones, se va acercando al cesto, acechado por todos los lacayos á un signo del Mayordomo. Llega así al cesto y coge ostensiblemente un cucharón, se lo mete en un bolsillo de la casaca, dejando salir bastante el mango, y echa á andar muy ufano hacia la salida. Los lacayos le rodean deteniéndole.)

MAY. Eh, señor abate, despacito.

GRIF. (Ingenuamente.) ¿Qué se ofrece?

MAY. (Le hace volverse, le saca el cucharón del bolsillo y se lo planta delante de las narices. Los otros ríen alborotadamente.) ¡Con permiso!

GRIF. ¡Ah, Dios mío! ¡Qué distracción!... ¿Será posible? (A esto llegan llamados por un lacayo cuatro guardias con mosquetes por la puerta del palacio mandados por un Sargento.)

SARG. ¿Es ese?

MAY. Sí. (A una señal del Sargento los cuatro guardias rodean á Griffard, en cuadro, poniéndolo en medio.)

GRIF. ¡Cielos! ¡Me prenden!

SARG. ¡Y aun se hace de nuevas! Vamos, señor, abate, y menos remilgos.

GRIF. ¡Perdón, señor, piedad!

SARG. (A los lacayos.) ¡Plaza! (A los soldados.) En marcha.

GRIF. Ahora que me echen perros. (Echa á andar contoneándose entre los cuatro guardias, precedidos del Sargento y seguidos hasta la puerta de los lacayos, que se desternillan de risa.—Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

El señor de La Reynie

El despacho de La Reynie, en el Arsenal. Al fondo, dos puertas iguales: una á la derecha, sirve de entrada; otra á la izquierda, da al despacho de Sagot. Entre las dos puertas gran chimenea con trofeo esculpido en las maderas. A la derecha, segundo término, puerta lateral que comunica con la Bastilla. A la izquierda, segundo término, puertecilla disimulada en los tallados de madera. Gran mesa en el centro de la escena, un poco á la izquierda, rodeada de cuatro sillas. A cada lado de la puerta de la derecha, sillas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

LA REYNIE, DESGREZ y un UJIER

Un Ujier arregla papeles sobre la mesa. La Reynie entra por la puerta del fondo, á la derecha

LA REY. ¿Está ahí Desgrez?

UJIER Sí, señor; en el despacho del señor Sagot.

LA REY. Que venga.

(El Ujier va á la puerta de Sagot y á poco sale Desgrez.)

LA REY. ¿No ha venido el abate Griffard?

DESG. No, señor.

LA REY. Habrá que ir á su casa.

DESG. Es inútil. He recibido de él este billete, que me ha extrañado bastante. (Entrega á La Reynie una carta.)

LA REY. (Leyendo.) «Señor Desgrez: Estoy en Versalles, preso, por robo.»—¿Por robo?—«Rogad al señor de La Reynie que me haga transportar á París en coche y bien guardado.» ¿Qué significa esto?

DESG. Me he permitido enviar á Versalles dos de mis hombres, con orden de traer aquí á Griffard en coche y con buena escolta, como desea. Creo que no tardaremos en verle.

LA REY. Avisadme en cuanto llegue.

(Desgrez se va por el despacho de Sagot. Al mismo tiempo se abre de par en par la puerta de entrada, dando paso á Louvois y Colbert, que entregan al Ujier los bastones y sombreros.)

ESCENA II

LA REYNIE, LOUVOIS y COLBERT

LA REY. (Yendo á su encuentro.) Acabo de llegar de Saint-Germain, señores. El Rey me anunció allí el honor de vuestra visita en el Arsenal.

LOUV. Su Majestad, accediendo á los deseos de la señorita de Fontanges, que no cree en la culpabilidad de su camarista, nos ha mandado al señor Colbert y á mí, que tomemos parte en el interrogatorio á que vais á someter á la señorita d'Ormoize, antes de resolver sobre su prisión.

LA REY. Apenas llegado aquí, dí orden de hacerla comparecer ante nosotros.

COLBERT El doctor D'Aquin asegura que la señorita de Fontanges está fuera de peligro.

LOUV. Pero la tentativa de envenenamiento subsiste.

LA REY. Seguramente.

COLBERT (Sentándose á la derecha de la mesa.) ¿Su Majestad retira al Parlamento decididamente el examen de este deplorable asunto?

LA REY. Su Majestad ha nombrado esta mañana los doce jueces de la Cámara Ardiente encargados de la instrucción, con el señor Bou-

cherat como presidente, y como asesores al señor de Bezons y vuestro servidor, y como escribano mi secretario particular Sagot. La Cámara no quedará constituída hasta dentro de tres días. Desde esta mañana se ha procedido en Vincennes á los primeros interrogatorios; Sagot va á traérmelos.

LOUV. ¿Y es realmente cierto que es un gacetillero quien os reveló la existencia de esa banda? (Se sienta delante de la mesa. Colbert queda sentado á la derecha de la misma.)

LA REY. (Se sienta detrás de la mesa.) El abate Griffard, profesor de filosofía y bellas letras, evadido de galeras, donde estaba por orden vuestra.

LOUV. Bien hice en enviarle, si fué allí donde supo todo eso.

LA REY. (Sonriendo.) Es esa una satisfacción que quizás él no comparta.

COLBERT ¿Conoce el Rey ese detalle?

LA REY. Los conoce todos, incluso el de cierta ceremonia, de la cual fué testigo el señor Griffard; y debo presentárselo esta noche á su Majestad, que desea interrogarle personalmente.

(El Ujier abre discretamente la puerta de entrada.)

UJIER El caballero de Tralage.

LA REY. Que pase.

ESCENA III

DICHOS y HÉCTOR

LA REY. Mi sobrino, el caballero de Tralage.

LOUV. He tenido el gusto de verle á menudo en casa de la señora de Maintenon.

COLBERT Que hace de él grandes elogios.

LA REY Mi sobrino viene aquí como testigo, si fuere necesario. Sentaos, Héctor. (Le indica la silla á la derecha, primer término, cerca de la puerta del mismo lado.)

ESCENA IV

DICHOS y SAGOT

UJIER (Abriendo la puerta del despacho de Sagot.) El señor Sagot acaba de llegar.

LA REY. Que entre. (Sagot entra trayendo varios legajos. El Ujier se va, cerrando la puerta. Presentándole.) El señor Sagot, escribano de la Cámara Ardiente. (A Sagot.) ¿Son los interrogatorios?

SAGOT Sí, señor.

LOUV. ¿La Voisin habló?

SAGOT No señor; y su actitud es bien distinta de de la de los demás acusados. Aparenta la mayor tranquilidad, canta, ríe, bebe. Y esto se explica. Se le ha cogido, registrándola, un billete que dice: «Callad y seréis salvada.» (A La Reynie á media voz, mientras Louvois y Colbert levantándose van á hablar á la derecha de la mesa.) El señor de Bezons os llama la atención sobre los párrafos marcados con tinta roja; son de una gravedad excepcional. Dice también que desearía conferenciar con vos antes de que volvais á ver á Su Majestad.

LA REY Bien. Veré todo eso en seguida. (Le indica un asiento a la izquierda de la mesa.) Sentaos, señor Sagot; llegais á punto para tomar notas. (Sagot se instala para escribir.)

DESG. (Entrando por la derecha.) La d'Ormoize está ahí.

LA REY (A Desgrez.) Esperad. (A Héctor.) He sabido, caballero, por una indiscreción del señor De Cessac, que el sábado se encontró con vos, por la tarde, en casa de la Voisin, la señorita d'Ormoize, en el momento de salir de allí. ¿Por qué no me lo habéis dicho?

HÉCTOR (Algo turbado.) Cessac es demasiado afirmativo. No le dije haber reconocido, sino que había creído reconocer á la señorita d'Ormoize.

LA REY ¿Es decir, Héctor, que por generosidad no habéis querido revelarnos esa visita clan-

destina, que es para ella un cargo gravísimo?

HÉCTOR Yo... señor...

LA REY. Tan grave como vuestra discreción. De ella podemos deducir que temeis por esa señorita la demostración de la verdad. (Movimiento de Héctor.) ¡Basta! (A Desgrez.) Haced venir á la señorita D'Ormoize.

ESCENA V

DICHOS y SOLANGE

Colbert y Louvois se sientan á la derecha de la mesa. La Reynie delante de la misma. Héctor en la silla cerca de la puerta. Desgrez introduce á Solange. Sagot toma notas del interrogatorio. Desgrez queda de pie delante de la puerta que da á la Bastilla

LA REY. Sentaos, señorita. (Solange se sienta en la silla que había en el fondo y que Desgrez adelanta un poco.) No tengo para qué recordaros el crimen de que se os acusa...

D'ORM. Bien injustamente, señor, os lo aseguro.

LA REY. Así deseamos que sea. (Héctor, la cabeza apoyada en una mano y el brazo apoyado en la rodilla, escucha atentamente y visiblemente apenado todo el interrogatorio.) El sábado por la tarde fuisteis á casa de la Voisin; el señor de Tralage os encontró allí.

D'ORM. Sí, señor.

LA REY. ¿Y por qué tal empeño en sustraeros á su vista?

D'ORM. Fuí allí por él, y sin que él lo supiera.

LA REY. ¿Y cuál era el motivo de vuestra visita?

D'ORM. Estaba yo muy triste, señor, y muy abatida. Iba, como tantas otras, á consultar á aquella mujer; á saber si aun podía tener esperanzas de recobrar la felicidad perdida.

LA REY. ¿Es decir, el amor del caballero?...

D'ORM. Sí, señor.

LA REY ¿Prendado de otra mujer?...

D'ORM. Sí, señor.

LA REY ¿Y por la cual sentíais, naturalmente, celos y odio?

D'ORM. Oh, celos, sí, señor, eso lo confieso, y es bien natural; pero odio, no; y no creo haber dado motivo para suponerlo.

LA REY. Sin embargo, ayer mañana mismo, habéis dicho á la señorita de Coetlogon: «¡Ah, dentro de pocos días ya no me hará sufrir!»

D'ORM. Sí, señor; porque después de mi visita á la adivinadora, pensaba dejar mi servicio á fines de semana.

LA REY. ¿Así, pues, pedísteis á la hechicera algún elixir, algunos polvos?

D'ORM. ¡Oh, no, señor, no! Ella fué quien me propuso un filtro para darlo á beber á mi señora. Pero yo me negué, temiendo le hiciera mal.

LA REY Entonces, si no era para recoger ese filtro, ¿á qué volvísteis á casa de la Voisin aquella misma noche, á las ocho?

D'ORM. (Muy extrañada.) ¿Yo, señor?

LA REY. ¡Vos!

D'ORM. ¡Pero si yo no he vuelto allí!

LA REY. ¿Estáis bien segura? A esa hora aun no estabais de vuelta en Saint-Germain.

D'ORM. No, señor.

LA REY. ¿Dónde estabais?

D'ORM. Antes de volver, entré en la iglesia de San Roque, para el Angelus.

LA REY. ¿Os vió allí alguien que pueda atestiguarlo?

D'ORM. Que yo sepa, no, señor.

LA REY. (Después de cambiar una mirada con Luvois y Colbert.) Ninguna prueba. ¿No confundiréis el Angelus, en San Roque, con una ceremonia de otro carácter en casa de la Voisin? ¿La misa negra?

D'ORM. ¡Oh!

LA REY ¿Sabéis lo que es?

D'ORM. He oído hablar de ello, señor, como de una cosa horrible, en honor del demonio, sin saber más.

LA REY Pues bien, hay motivos para creer que á las nueve de la noche asistiais en casa de la Voisin á esa misa diabólica.

D'ORM. ¿Yo? ¡Qué horror!

LA REY. Para en ella preparar el veneno vertido por vos al día siguiente, en la taza de leche.

D'ORM. (Poniéndose en pie.) ¡Eso es falso, señor! ¡Es mentira! ¡Es absurdo! Estoy constantemente, por mi servicio, al lado de la señorita de Fontanges, que está enferma. La cuido día y noche. A cada momento le doy á beber las pociones recetadas por el doctor D'Aquin. Bien fácil me sería darle un mal brebaje cuando estoy sola con ella, y sin que nadie lo notase. Necio hubiera sido servirle esa leche envenenada delante de todo el mundo, para que allí se indisponga, grite... y para que en seguida me señalen con el dedo diciendo: «¡Esa es la envenenadora! ¡Esa es! ¡Es ella! ¡Es ella!...» (Cae sentada, llorando.)

LOUV. Sin duda no contabais con tan rápido efecto.

COLBERT. Y esa leche, tomada del buffet, era menos sospechosa que una poción á la cabecera de la enferma.

D'ORM. ¡Oh, Dios mío! Con semejantes razonamientos, ¿quién no sería culpable?

LA REY. En una palabra: ¿negáis haber vuelto aquella noche á casa de la Voisin?

D'ORM. ¡Sí, lo niego! ¡Sí, sí, sí, lo niego!

LA REY. (A Desgrez.) Haced entrar á esa persona. (Desgrez va á la puerta del fondo, la abre é introduce á la Deseillets, que avanza. Solange, sin levantarse, se vuelve y la mira con estupor.)

ESCENA VI

DICHOS y la DESEILLETS

LA REY. (Dictando á Sagot.) «María Deseillets, camarista de la marquesa de Montespan.» Tened á bien, señorita, decir á estos señores lo que me habéis contado respecto á la señorita D'Ormoize.

DESEI. El sábado, al anochecer, la marquesa de Montespan me había dado varios encargos en París; y subiendo en coche, á eso de las

nueve, la calle Poissonniere, hacia los boulevard, vi á esta señorita salir de la calle Beaurgard.

D'Orm. ¿A mí?

Desei. (Sin mirarla.) ¡Oh, la conocí muy bien! No llevaba antifaz y la noche no había cerrado aun completamente.

D'Orm. ¿Que me visteis á mí? ¿Y á tales horas?

Desei. Supuse alguna galantería, y, por discreción, seguí mi camino haciendo como que no la había visto.

D'Orm. ¡No era yo!

La Rey (A la Desceillets.) ¿Estáis bien segura?

Desei. ¡Oh, señor, como os estoy viendo ahora!

D'Orm. (Levantándose.) ¡Es falso! ¡Es una infamia! ¡Esta mujer me mata con sus mentiras!

La Rey ¿Os afirmáis en lo dicho?

Desei. Afirmo que era esta señorita.

D'Orm. ¡Y yo juro que miente!

Desei. ¡Yo juro decir verdad!

D'Orm. ¡Miente! ¡Miente! ¡Ah, malvada! ¿Qué os hice yo para perderme así?

Desei. ¿Y qué razón tendría yo para mentir?

La Rey Vamos, confesad.

Louv. Confesad.

Colbert Para merecer compasión.

D'Orm. ¡Yo no quiero compasión! ¡Quiero justicia!

Louv. ¡No la obliguéis á arrancaros la confesión!

D'Orm. ¡Ah, si me torturáis, confesaré cuanto quieran! ¡No por eso dejaré de ser inocente!

La Rey. ¡Basta! (A Desgrez.) Hacedla llevar á la Bastilla. (Desgrez da un paso hacia ella.)

D'Orm. (Vivamente, levantándose.) ¡No, no quiero! ¡Dejadme! ¡Señores! ¡Señores! ¡Soy inocente! ¡Lo juro por la salvación de mi alma! Ante Dios que me oye y la castigará.

La Rey. ¡Desgrez!

D'Orm. ¡No! ¡No! (Acude á Héctor que se ha puesto en pie.) ¡Por piedad, defendedme! ¡No me dejéis llevar por este hombre! ¡Vos sabéis bien que soy incapaz de matar á nadie! ¡Decidlo, por Dios, decidlo! (Agarrándose al brazo de Héctor, que emocionadísimo, se enjuga una lágrima, evitando mirarla. Entonces ella da un grito y suelta el brazo de

Héctor.) ¡Ah, también vos! ¡También él lo cree! ¡De mi tal infamia!... ¡vos!... ¡Oh, Dios mío! (Á Desgrez.) Llevadme; ahora llevadme. ¡Haced de mí lo que queráis! (Sollozando. Desgrez se la lleva por la derecha.)

ESCENA VII

DICHOS, menos SOLANGE y HÉCTOR

LA REY. Podéis retiraros, Héctor, y ved en esto, acaso, vuestra obra.

HÉCTOR (Muy conmovido.) ¡Ah, señor; no me lo perdonaré en mi vida! (Sale por el fondo)

LA REY. (A Colbert y Louvois.) Creo, señores, que estaréis tan convencidos como yo. (A la Deseillets.) Podéis también retiraros, señorita. (La Deseillets saluda y va á salir por la puerta del fondo. Pero en el momento que ésta se abre, aparece en el dintel Griffard, cerrándola el paso y ella retrocede muy inquieta, volviendo la cabeza. Durante las primeras palabras de la escena siguiente, Griffard adelanta un paso; la otra espera aprovechar el movimiento para pasar por detrás de él; pero el Abate, como quien no hace nada, retrocede diágonalmente, cortándole la retirada.)

ESCENA VIII

DICHOS, GRIFFARD y luego DESGREZ

LA REY. Es nuestro abate. Entrad, entrad, señor Griffard. Hemos terminado. ¿Qué historia es esa de robo?

GRIF. (Señalando á la Deseillets, amablemente.) Nadie mejor que esta señorita, podrá informaros de ello.

DESEI. (Muy turbada.) ¿Yo?

LA REY. ¿La señorita Deseillets?

GRIF. Ella os dirá que después de cierta conversación con cierta dama, me pareció convenien-

te hacerme escoltar por una patrulla de guardias franceses.

LA REY. ¿Oís esto?

DESEI. ¡Señor, no creáis una pabrabra de cuanto diga este hombre!

GRIF. (Tranquilamente.) Yo no digo nada Os dejo decir.

LA REY. En fin, ¿qué hay entre vos y él?

DESEI. Hay... que este abate.. Es un bribón, un bandido, que ha jurado nuestra perdición.

LA REY. ¿Nuestra?

GRIF. Vamos, hija mía; continuad. ¡Decid, decid! (Desgrez volvió y se quedó en la puerta de la Bastilla.)

DESEI. (Entre dientes.) ¡Ah, endemoniado!

LA REY. ¿La perdición de quién? Explicaos. ¿Qué es eso de nuestra?

DESEI. La mía... y..

LA REY. ¿Quién más?

DESEI. ¡Mi señora!

LA REY. ¿La marquesa?

DESEI. ¡A quien amenazó denunciar por este asunto de los venenos!

LOUV. / COLBERT. ¿La marquesa?

GRIF. (Tranquilamente.) ¡Ella lo dijo! Mil gracias, mi amiga, por haberme ahorrado el trabajo.

LOUV. ¡Pero eso es absurdo!

COLBERT ¡Ese hombre está loco!

DESEI. ¡Oh, no está loco! Lo que está es.. (Durante este último diálogo, Sagot ha pasado á la Reynie, sacándolo de un legajo, uno de los interrogatorios, señalándole un pasaje para que lo lea.)

LA REY. Un momento, señores. Llevaos á esta señorita, Desgrez.

DESG. ¿Libre?

LA REY. ¡Incomunicada y bajo buena guardia!

DESEI ¿Yo?

LA REY. ¡Andad, andad!

DESEI. ¡Oh, ese hombre, ese hombre! (A Griffard mientras sale.) ¡Miserable! ¡Miserable!

ESCENA IX

DICHOS, menos DESEILLETS y DESGREZ

LOUV. (Á La Reynie.) ¿Qué quiere decir esto?

LA REY. Tened á bien, señores, escuchar este trozo de interrogatorio de la hija de la Voisin, sobre el cual me llama la atención el señor Bezons. (Lee. Griffard se queda un poco apartado, al fondo.) «A esta pregunta: ¿Dónde estábais esta mañana, cuando prendieron á vuestra madre? La hija de la Voisin, que esta noche intentó ahorcarse en su calabozo, se decidió después de muchas dificultades, á contestar lo siguiente:—Había ido á Saint Germain á llevar los polvos, preparados durante la noche, después de la misa negra.»

GRIF. (Desde su sitio.) ¡Ah! (Esta exclamación á media voz hace volver la cabeza á Louvois y Colbert. Griffard se hace el sueco.)

LA REY. (Sigue leyendo.) «Pregunta: ¿A llevarlos, á quién? —Respuesta: A la señorita Deseillets. —Pregunta: ¿Qué polvos eran esos?—Respuesta: Polvos de amor, para conservar á la señora de Montespan el amor del Rey.»

LOUV. ¡Bah! Esa chicuela dice lo que se le antoja.

COLBERT ¡Sin duda!

LA REY. (Tomando otra hoja que Sagot le ha presentado como la otra.) Otro interrogatorio; del abate Guibourg. «Confiesa haber dicho, en la noche del sábado al domingo, la misa en cuestión para la marquesa de Montespan; enmascarada, como la había dicho ya diversas veces, desde hace algunos años.» Siguen los detalles.

LOUV. ¿Y cómo sabe que la mujer del antifaz era la marquesa?

COLBERT Eso es.

LA REY. Hay además una nota del señor de Bezons, consignando que la sirviente Margot, Lesage, Margarita Voisin y la Filastre, otra adi-

vinadora, confirman los mismos hechos, en las mismas fechas, con iguales detalles.

LOUV. ¿Y si todos esos bribones están de acuerdo para mentir, con la esperanza de que no se seguirá un proceso tan peligroso para la Montespan?

COLBERT O sencillamente para ganar tiempo.

LA REY. El señor de Bezons ha previsto la objeción y la refuta: Los acusados, desde que fueron presos, estuvieron siempre aislados y fueron interrogados aparte. Toda inteligencia entre ellos fué imposible.»

COLBERT Ahora sí. Pero pudieron concertarse antes.

LA REY. Concedido. Pero el abate Griffard no es del complot. (Señalando á Griffard que escucha tranquilamente.)

LOUV. (Volviéndose á Griffard.) ¿Acusais formalmente á la marquesa?

GRIF ¡Sí la acuso!

COLBERT ¿Reconocéis en ella á la del antifaz?

GRIF. ¡En absoluto!

LOUV. ¿Y se lo habeis dicho?

GRIF. Sí.

COLBERT ¿Y ella conviene en ello?

GRIF. No.

COLBERT, LOUV. ¡Ah!

GRIF. ¡Y sí! No, voluntariamente. Sí, sin querer. Después de todo lo cual me ha amenazado con la rueda en la plaza pública si llego á pronunciar su nombre.

COLBERT ¿Por una simple sospecha?

LOUV. ¿Sin prueba ninguna?

GRIF. (Con energía.) ¿Sin pruebas? Desde hace un momento tengo una: y es formidable.

LOUV. ¿Cuál?

GRIF. Permitid que la reserve para el caso probable en que yo mismo tenga que defenderme.

COLBERT ¿Prevéis tal caso?

GRIF. ¡Oh, señor!; cuando un pobre diablo como yo ataca á tan poderosa persona, puede atenerse á todo. Me atengo y me guardo.

LOUV. Señores, tenemos que hablar. Que los señores Griffard y Sagot nos dejen solos un momento.

La Rey. Señor Griffard, tened la bondad de esperar ahí con Sagot. (Indicándole el despacho. Griffard entra con Sagot.)

ESCENA X

LOUVOIS, COLBERT, LA REYNIE

Louv. Sois bien cortés con ese gacetillero.

La Rey. Acaba de prestarnos un señaladísimo servicio.

Louv. Que se convertirá en otro muy malo, si no arreglamos este asunto. Estas tristes revelaciones ponen á ruda prueba nuestro celo por su majestad Sea cual fuere vuestra opinión sobre la culpabilidad de la marquesa de Montespan...

Colbert Demasiado probable, desgraciadamente.

La Rey. Y para mí, demasiado cierta.

Louv. Hay un punto sobre el cual estoy seguro de que todos estamos de acuerdo. Y es que jamás, en el curso de este proceso, la marquesa puede ser implicada. Nadie, fuera de nosotros, debe conocer los infames manejos á los cuales se haya podido someter al rey desde hace quince años por una detestable hechicera. No debemos dar á su majestad la pena, á sus fieles súbditos la cruel sorpresa, á Europa entera la malsana alegría de semejante escándalo. Sería para las Cortes extranjeras demasiado linda revancha de su admiración rencorosa por el gran rey, cuyas conquistas le hicieron árbitro de sus destinos. Va en ello su gloria, cuya guarda nos está confiada. En fin, ¿necesitaré recordaros (A Colbert.) que estáis emparentado con la marquesa por el matrimonio de vuestra hija con su sobrino y que su honor toca de cerca el vuestro?

Colbert Ciertamente.

Louv. Por mi parte, no puedo olvidar cuanto la debo. En una palabra, señores, aun para de-

fenderla contra acusaciones verdaderas ó falsas debe callarse su nombre.

COLBERT Esa es mi opinión.

LA REY. Sin embargo, señores, no debemos perder de vista, que yo he dicho al rey todo cuanto sabía ó creía saber de este desdichado asunto; que el rey conoce hasta en sus menores detalles la ceremonia secreta de la otra noche; que para él, esa misa infame está relacionada con la tentativa de envenenamiento de la señorita de Fontanges por la d'Ormoize. Y en fin, que su majestad espera impaciente el resultado de los primeros interrogatorios. En tales condiciones ¿qué partido tomar?

LOUV. El más sencillo, y en realidad el único. Dejar las cosas como están y con ayuda de la señorita de Fontanges recomendar la d'Ormoize á la indulgencia del rey.

LA REY. ¿Declarándola culpable?

LOUV. Sin la menor duda.

LA REY. ¡Oh, señor! Es una medida...

LOUV. Rigurosa, lo concedo. Pero ¿tenéis otra mejor?

LA REY. Desearía encontrar una que sacara á salvo á la señora de Montespan y á la señorita d'Ormoize.

LOUV. ¡Es imposible! Si declaramos que la d,Ormoize no es culpable, el rey nos dirá: ¡Sea! pero entonces, ¿quién? Y no tendremos respuesta que darle. El rey no tolera que el crimen quede impune; exigirá una indagatoria más severa, interrogatorios más precisos, que no podremos esquivarle como éstos. Y, en fin, hasta la tortura, que puede hacer estallar la verdad, á pesar nuestro. Torpeza grande fuera correr semejantes riesgos, cuando la condena de la Ormoize lo resuelve todo y nos da seguridad completa para la marquesa.

LA REY ¿Su condena?

LOUV. Naturalmente, puesto que todo la acusa.

LA REY. ¿Pero la cámara ardiente?...

LOUV. La cámara ardiente no es el Parlamento.

Comprenderá sus deberes como nosotros y estará á nuestra completa devoción. Así, pues, lo que hemos de hacer es lo más natural. Suprimir esos interrogatorios; declarar á los acusados que cuanto dicen sobre la Montespan no son sino calumnias para procurar abrigarse tras ella. Abreviar el sumario. Mandar á la hoguera á la Voisin. Poner en libertad sin dilación á la Deseillets y más adelante á todos los personajes de marca que pudieran resultar comprometidos. Y los otros, la canalla, sin formación de causa, encerrarlos en las ciudadelas ó deportarlos á las islas, á Santo Domingo, al Canadá... En un mes el asunto está terminado, el escándalo ahogado y la marquesa de Montespan en salvo; porque no quedará contra ella ni un solo acusador, ni una sola prueba, ni un solo testigo.

LA REY. Permitid, señor, queda uno.

COLBERT ¡El abate!

LA REY. A quien el rey quiere interrogar.

LOUV. Ese no puede estorbarnos. Es demasiado listo para no plegarse á nuestra voluntad. Tened la bondad de llamarle y le enseñaremos la lección. (Se levanta, Colbert queda sentado, La Reynie va á la puerta de Sagot y llama.)

ESCENA XI

DICHOS y GRIFFARD

LA REY. Venid acá, señor Griffard.

LOUV. (Amable, indicándole el asiento que acaba de dejar.) Tomad asiento, señor Griffard; tomad asiento. (Griffard se sienta en el sitio que le indica Louvois.) Estos señores y yo estamos de acuerdo en suprimir esos interrogatorios y dejar ignorar á su majestad el papel que en esta aventura jugó la marquesa de Montespan. Conviene que os deis por advertido de ello.

GRIF. ¿Yo, señor?

LOUV. Sí. (Se sienta en la silla que ocupó la Solange, en el

centro de la escena. La Reynie en el mismo sitio de antes.) Esta noche tendréis el honor de ser presentado por el señor de La Reynie á su majestad, que quiere interrogaros sobre los hechos de que fuisteis testigo. Vuestras declaraciones deben concordar en todo con las nuestras...

GRIF. ¿Es decir?...

LOUV. Es decir, que la heroína de la otra noche os es desconocida.

GRIF. No soy justiciero, y por mi parte no veo inconveniente en dejar en la sombra á la señora de Montespan.

LOUV. Eso es.

COLBERT Muy bien.

GRIF. Pero... en esta combinación ¿qué hacemos de la señorita d'Ormoize?

LOUV. Ya veremos.

GRIF. ¿No se la pone en libertad en seguida?

LOUV. ¡De ningún modo!

COLBERT Es imposible.

LOUV. La d'Ormoize en libertad, es la marquesa en descubierto. Puesto que tenemos una culpable, guardémosla. Es lo más seguro.

GRIF. En una palabra: ¿se trata de sustituir por la d'Ormoize á la Montespan?

LOUV. Es decir, para evitar todo escándalo, una persona muy oscura á una persona muy visible. (Griffard va á responder, Colbert le corta la palabra.)

COLBERT Comprended bien, señor abate; no se os pide que certifiqueis la identidad de la mujer desconocida con la señorita d'Ormoize, sino sencillamente que digais á su majestad que ignorais quien sea. Lo demás es cosa de estos señores y mía.

GRIF. Pero, permitid; mi discreción es una mentira de la cual se hará un arma contra esa joven.

COLBERT Ese escrúpulo es laudable en sí, pero exagerado. Toda mentira es admisible cuando la dicta un interés superior.

GRIF. ¿Un interés superior al de la justicia y de la humanidad? ¡No conozco ninguno!

LOUV. Y no obstante, hay casos, y este es uno, en los cuales la misma justicia debe deponer su rigor para adoptar una medida que, perjudicando á uno solo, sea provechosa para todos.

COLBERT Y no será á un filósofo á quien hayamos de de recordar esta máxima de Marco Aurelio: «El interés general se antepone al del particular».

GRIF. Pero «¡sin atentar á su libertad ni á su vida!»

LOUV. ¿No admitís el sacrificio absoluto del individuo por la comunidad?

GRIF. Si es voluntario, sí; ¡es el heroismo! Si es impuesto, no; ¡es el martirio!

COLBERT Pues bien, vaya por el martirio, señor abate. ¡Hermoso es sufrirlo por su rey!

GRIF. Bueno sería saber lo que de ello piensa la señorita d'Ormoize. (Movimiento de impaciencia de Louvois.)

COLBERT ¡No! Lo que hace falta, en caso semejante, es aceptar un pequeño mal por un gran bien.

GRIF. ¡Convenido!

COLBERT, LOUV. (Satisfechos.) ¡Ah!

GRIF. El pequeño mal es la desgracia de la Montespan; y el gran bien la libertad de la señorita d'Ormoize.

COLBERT ¿Haciendo saber al mundo entero lo que sabemos de la marquesa?

GRIF. Sí.

LOUV. ¿La misa negra?

GRIF. También.

COLBERT ¡Ni pensarlo! Hay hechos de tal naturaleza que deben quedar secretos en un interés que un moralista tan terrible como vos, no puede desdeñar: ¡el de la moral pública!

GRIF. Es en efecto deplorable para la moral pública que el favor de la Montespan se haya ostentado tan á las claras.

COLBRRT ¡No! yo no decía...

GRIF. Pero después de haberla visto tan triunfante, la moral pública no puede menos de regocijarse de su caída. No la privemos de ese placer.

LOUV. (Que se contiene á duras penas.) Voy creyendo que os burlais.

GRIF. ¿Yo? De ningún modo. Defiendo, con el señor, la moral pública.

COLBERT ¿Reclamando el escándalo?

GRIF. ¡Ah, señor; provocad el escándalo! Se dirá: «El rey ha hecho justicia aun á costa de sus más caros afectos», y ese escándalo será para su gloria.

COLBERT ¡Estáis loco, abate!

LOUV. Debemos á toda costa echar tierra al asunto.

GRIF. Al asunto, no me opongo. ¡Pero á la señorita d'Ormoize, no!

COLBERT ¡Vamos, señor abate, señor abate! ¿podéis comparar el perjuicio ocasionado á esa joven, á ella sola, con el daño que se haría al rey, al Estado, al país entero, condenando á la marquesa?

GRIF. Es que me niego á considerar como un desastre público el deshonor de la Montespan.

COLBERT ¡Pero es que recae sobre el rey! ¡Es un golpe de muerte para el prestigio real!

GRIF. El prestigio real, señor, descansa sobre la ficción de que es todo cordura, todo bondad, todo justicia; y no le concibo golpe más mortal que la inicua condena de la señorita d'Ormoize.

COLBERT No; puesto que quedará en secreto.

LOUV. Y pasará por merecida.

GRIF. ¡Pues eso es lo que me parece inicuo!

LOUV. ¡Eh, señor mío, la moral burguesa nada tiene que ver en esto! ¡No es ella la que dicta el deber de un gran ministro!

GRIF. Entonces, señor, mucho debe sufrir cuando ese deber no es el de un hombre honrado. (Muy tranquilamente. Louvois se levanta con gesto de cólera que procura reprimir. Griffard sa ha levantado también.)

COLBERT (Sin levantarse, obligando al Abate á sentarse.) Vamos, vamos. Abate, razonemos. No hay gobierno posible sin ciertas medidas discretas... arbitrarias, convengo en ello; pero que nos son impuestas por un interés ante el cual todas las leyes se inclinan y que conoceis muy bien: la razón de Estado.

GRIF. ¡Que si la conozco!... ¡Harto me cuesta conocerla! Cuando el señor marqués de Louvois me mandó á galeras por ciertos detalles relativos á la misma dama, bien anodinos por cierto, después de lo que ahora sabemos de ella, mi pobre hermana, no sabiendo qué era de mí, acudió al comisario del barrio: «Ah, señor; ¿mi hermano?... ¿Lo han asesinado?—No, señora, no; nada más que á galeras.—¡Ah, Dios mío! ¿y por qué crimen? —¡Chist, chist, señora; razón de Estado!— Pero... —Callaos... —Pero... —¡Basta! ¡Razón de Estado, os digo, y eso me ahorra daros otra!»

COLBERT Bien, pero...

GRIF. Pues bien, señor, es lamentable que cuando un hombre desaparece pueda preguntarse: «¿Es por obra de un malhechor ó por obra de un ministro?» (Movimiento violento de Louvois, que se levanta furioso y á quien contiene con un gesto desde lejos Colbert. Griffard, al ver levantarse á Louvois, se levanta también.)

COLBERT (Conciliador al Abate.) Vamos, Griffard, ¿es el recuerdo de vuestras propias molestias lo que os hace recalcitrante? Tened por cierto que os las haremos olvidar.

GRIF. Oh, señor, os engañais; yo no deseo otra cosa sino la salvación de la señorita D'Ormoize. (Vuelve á sentarse instado por Colbert.)

COLBERT ¡Pero si la tendréis! ¡Si la tenéis! ¡Dijérase que la enviamos á la hoguera ó á la horca! ¡Nada de eso!... La internaremos en un buen convento de provincias, donde se le guardarán todas las consideraciones posibles; y dentro de cinco ó seis años, cuando todo este asunto esté olvidado, la indultaremos dulcemente y le procuraremos un buen matrimonio con ayuda de una buena dote.

GRIF. ¡Y todavía os quedará muy agradecida!

LOUV. La broma va siendo pesada, señor mío.

GRIF. ¡Dios me libre de chancearme! No hago sino completar la idea del señor. Si la señorita D'Ormoize libra con solo unos cuantos años de reclusión y la deshonra de toda su vida,

aun puede darse por afortunada de que la razón de Estado no le haga pagar más caros los desahogos de la marquesa.

COLBERT (Impaciéntándose ya.) Pero, qué diantre, abate, no sois ni hermano, ni su padre, ni su amante... que sepamos.

GRIF. ¿Yo? La he visto ayer por la vez primera y no la he hablado en mi vida.

COLBERT ¿Entonces, por qué la defendeis con tal calor?

GRIF. Porque no tiene más defensor que yo.

LOUV. ¡Tanto ruido por una camarista!

COLBERT ¡Sin familia!

LOUV. ¡Sin nombre!

GRIF. ¿Sin nombre?... ¡Tiene uno soberbio! ¡La Inocencia!

LOUV. (A Griffard, conteniéndose a duras penas.) En una palabra, ¿persistís en vuestra negativa?

GRIF. Sí, señor; persisto. (Con fría firmeza.)

LOUV. (Dominando al Abate y hablándole desde toda su altura.) ¡Pues basta! En consideración á la importancia que el rey parece concederos y que os hace demasiado audaz, el señor y yo hemos intentado convenceros. Pero ya huelga discutir cuando podemos dictar nuestras órdenes. Os prohibo, ¿entendeis bien? os prohibo decir á Su Majestad una palabra, una sola palabra que pueda comprometer á la marquesa de Montespan.

GRIF. (Impasible.) Admitiréis, sin embargo, que yo tome consejo de mi conciencia.

LOUV. (Violentamente.) ¡Yo nada tengo que ver con vuestra conciencia! ¡Yo mando y vos obedeceis! ¡No hay más!

GRIF. Yo no tengo las mismas razones que vos para sacrificar á esa joven en aras de la marquesa... y no prestaré mi ayuda á lo que considero como un crimen.

COLBERT (Alterándose.) ¿Cómo decís?

GRIF. ¡Un crimen! Secuestrar á esa desgraciada entre los rejas de un convento donde quedará olvidada como tantas otras: donde día y noche la atormentará la idea única y constante de que está allí siendo inocente; con-

denarla á tal suplicio, solo comparable al de verse enterrado vivo, ¿cómo llamais á eso? Enviais á la horca gentes que han hecho menos. Y la misma Voisin, que vais á quemar, es menos feroz que vosotros. ¡Mata más de prisa!

LOUV. Así, pues, ¿diréis al Rey...?

GRIF. ¡Todo! ¡Se lo diré todo! Y jamás tendrá más bella ocasión de merecer el título de grande que le dan.

LOUV. ¡No le diréis nada!

GRIF. ¿Cómo?

LOUV. ¡Nada! ¡Porque no le veréis!

GRIF. (A La Reynie.) Señor...

LA REY El Rey me ha mandado...

LOUV. ¿Presentarle este hombre? ¡Pues yo os lo prohibo!

LA REY. Pero...

LOUV. ¡Os lo prohibo! ¡Y yó me encargo de todo! ¡El Rey me agradecerá el evitarle ver á un súbdito rebelde, un faccioso, un furioso!

GRIF. ¿Yo?

LOUV. ¡Escapado de galeras!

GRIF. Tened cuenta, señor...

LOUV. ¿Os atreveis?

GRIF. Tened cuenta que impidiéndome ver al Rey os preparais crueles remordimimientos... El Rey...

LOUV. ¡Es demasiada insolencia! (A La Reynie.) Encerradme este bribón en la Bastilla.

GRIF. ¡Cuando dije que tendría que defenderme!

LOUV. ¡Y aun se chancea! Al calabozo, los hierros en pies y manos, encadenado á la pared.

GRIF. ¡Razón de Estado!

LOUV. ¡Y si aun se las da de insolente, la mordaza, el vergajo, la dieta!

GRIF. ¿Y la muerte?

LOUV. (Marchándose hacia el fondo acompañado de Colbert.) Veremos después si vale más volverle á enviar á galeras ó dejarle pudrirse allí.

GRIF. (Entre dientes.) ¡Verdugo!

LOUV. ¿Me habeis oído? (La Reynie se inclina sin contestar.) Vamos, vamos; nada tenemos que hacer aquí. (Salen.)

ESCENA XII

GRIFFARD y LA REYNIE

GRIF. (Vivamente á La Reynie.) Señor, me prometísteis que suceda lo que suceda sería libre.

LA REY. Sí, pero...

GRIF. ¡Libre, libre! Me lo prometísteis, lo jurásteis, y ahora me prenden!

LA REY. Es orden del ministro y he de obedecerla.

GRIF. ¿Y vais?...

LA REY (Acercándose á Griffard.) A prenderos.

GRIF. ¡Ah!

LA REY. Pero todo preso tiene derecho á evadirse. (Abriendo la puertecita secreta á la izquierda.) Escapad por aquí, y ¡buena suerte!

GRIF. ¡Ah, señor; estaba seguro!

LA REY ¿Dónde iréis?

GRIF. A Saint Germain; á ver al Rey.

LA REY ¡Os jugais la cabeza.

GRIF. (Desde la puerta.) ¡Me la juego! ¡La causa vale la pena! ¡Hasta la vista, señor!

LA REY. (Cuando ya sale.) ¡Abate! (Griffard se detiene en el dintel.) ¡Sois todo un hombre!

GRIF. ¡Entonces, señor de La Reynie, somos dos! (Desaparece.—Telón.)

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

El Rey

En Saint-Germain. La cámara del rey. Al fondo la alcoba y el lecho del rey. A la derecha primer término, chimenea; segundo término, puerta de interior. A la izquierda, dos puertas iguales en primero y segundo término. En un chaflán, al mismo lado, tercer término, gran puerta vidriera, dando sobre un gran balcón que domina los parterres del norte del palacio alumbrados por la luna. En el centro de la escena, pero algo á la izquierda, gran mesa ovalada con taburete delante v silla detrás. A la derecha la mesa del rey, un sillón á su izquierda y una silla á su derecha. Es de noche. La pieza está alumbrada por candelabros con velas de cera.

ESCENA PRIMERA

Señoras de HUMIERES, de NEVERS, de BRISSAC; señores POMMEYRAC, VENDOME, de CESSAC, damas y cortesanos, sentados ó de pie, hablan á media voz. Se ve al REY en el balcón hablando con COLBERT. Sobre la mesa del centro, el en-cas del Rey (servicio de beber para la noche, ó sea un jarro de plata y una copa grande del mismo metal, ambos objetos sobre una bandeja de plata)

D'Hum. Esta mañana han interrogado á los acusados; pero todavía no se sabe nada. Solo se dice que hay muchas personas de la corte, de las más encopetadas, muy comprometidas. Se citan algunos nombres.

Bris Y el Rey parece muy preocupado.

PRIN. Más bajo. Su Majestad está ahí, en el balcón.

D'HUM. No nos oye.

DE POM. Lo cierto es que á las tres de la mañana la condesa de Soissons y la marquesa de Alluye, montaron en carroza y se marcharon á la frontera.

NEV. ¡Manera más torpe de denunciarse!..

BRIS. La Mancini tiene la conciencia tan negra como la tez.

DE CES. La muerte del conde de Soissons resultó bastante sospechosa.

DE POM. Y la tentativa de asesinato de la de la Valliere...

NEV. ¿De asesinato?

BRIS. ¿Es posible?

DE POM. Eso es ya antiguo y se echó tierra al asunto. Pero yo lo supe de buena tinta. La de Soissons estaba tan rabiosa de verse suplantada por la de la Valliere en el corazón del Rey, que pagó á dos bribones para introducirse por la noche en su habitación y estrangularla mientas dormía. Ya escalaban la ventana cuando la de la Valliere, despertándose al ruido, pudo huir. (El Rey sale del balcón y avanza con Colbert.)

DE CES. ¡El Rey! (Todos se levantan formando circulo; quedan á distancia respctuosa del Rey.)

ESCENA II

DICHOS; el REY y COLBERT

REY ¿De suerte que la D'Ormoize no confiesa?

COLBERT Lejos de eso, sir.

REY D'Aquin, se muestra satisfecho del estado de la señorita de Fontanges; no se atreve á asegurar que hubo envenenamiento. Pero siempre la D'Ormoize seguirá siendo culpable de haber asistido á esa misa sacrílega. Ahora hablaré de eso con La Reynie que aquí llega. (La Reynie entra, y pasando por detrás de la mesa, espera las órdenes del Rey. Trae bajo el

brazo una gran cartera de piel roja.) Y mañana por la mañana con el marqués de Louvois. Buenas noches, señor Colbert. (Colbert saluda al Rey y se va por la puerta que entró La Reynie. Este á una señal del Rey, á quien saluda, atraviesa la escena, y va á la mesa de la derecha. El Rey se vuelve hacia las damas y cortesanos.) Señoras, cuando hayais tomado licencia de la reina, os aconsejo que bajéis al gran parterre; no hay nada tan delicioso, con esta hermosa luna, como ese perfume de los naranjos que llega hasta nosotros. Señoras. (Saludando á la redonda. Las damas, después de hacer la gran reverencia, se van por la puerta del primer término.)

ESCENA III

El REY y LA REYNIE

REY ¿Venís solo? Os había rogado me trajérais á ese hombre... ¿cómo le llamais?

LA REY. El abate Griffard, sir. Pero el señor de Louvois, después de hablar con él, ha pensado que no es persona á quien vuestra Majestad pueda dar audiencia, y me ha mandado alojarle en la Bastilla.

REY Colbert no me ha dicho nada.

LA REY. Un olvido.

REY El señor de Louvois se va permitiendo muy á menudo contrariar mis órdenes. Acabará por cansarme. Hay que enviar á buscar á ese abate. (Se sienta en el sillón junto á la mesa.)

LA REY. Desgraciadamente, sir, antes de prenderle se escapó. Ese hombre tiene el genio de la evasión.

REY Tratad de dar con él.

LA REY. Se prestará gustoso á ello, estoy seguro. A falta de ese testigo, traigo los primeros interrogatorios que vuestra Majestad deseaba conocer. Comprometen á ciertas personas lo bastante para haber yo procedido sin dilación á prenderlas. De otras de más alta

importancia vuestra Majestad decidirá, si en razón de su calidad; hay ó no lugar á ello.

REY ¿Hay muchas en ese caso?

LA REY. Desgraciadamente, sí, sir... y de las que menos pudiera sospecharse.

REY Sentaos y veamos. (La Reynie se sienta al otro lado de la mesa, abre la cartera y va sacando papeles.)

LA REY. No me detendré en miserables tales como los cómplices de la Voisin primeramente presos: Lesage, Guibourg, la Filastre, la Joly, la Vigouroux, adivinadoras, matronas, bribones de todas clases; pequeñas burguesas como la Ferrez, Philibert, comediantas; la Baron, la de Brie... y llego á las mujeres de más alta posición, porque la proporción de las mujeres es considerable.

REY Sí, su arma es el veneno.

LA REY. (Leyendo las notas.) Las más comprometidas, sin dejar la menor duda de su culpabilidad, son: la señora Poulaillon, mujer de un maestre de aguas y bosques de la Champaña; la señora Laferon, mujer del presidente de la primera Sala; la Lecamus, mujer de un lugarteniente civil; la Dreux, mujer de un fiscal; todas ellas parece haber envenenado ó intentado envenenar á sus maridos. Y subiendo un escalón, encuentro... (Se detiene en su lectura y vuelve la cabeza hacia la puerta de la derecha.) Sir, ¿tocaron á esa puerta?

REY Ved quién sea.

LA REY. (Se levanta y va a abrir la puerta. Al Rey.) Es mi sobrino, de Tralage.

REY Que pase. (La Reynie hace entrar á Héctor.)

ESCENA IV

DICHOS y HECTOR

HÉCTOR (Después de saludar al Rey, tiende, colocándola en su sombrero, como sobre una bandeja, una carta á La Reynie.) Traigo esta carta á su Majestad de

parte de la señora de Maintenon que solicita una respuesta.

REY (Hace señal de recibir la carta. La Reynie la pone sobre la mesa al alcance de su mano. El Rey corta con las tijeras la seda, abre la carta y lee:) «Sir, tengo aquí á cierto abate muy conocido, según dice, del señor de La Reynie, al cual parece que vuestra Majestad manifestó deseos de conocerle.» (A La Reynie.) Es nuestro hombre. (Lee.) «Insiste en comunicar á vuestra Majestad algo que no admite retraso. ¿Qué debo hacer?» (A Héctor.) Caballero, id á buscar á ese hombre y tráedmelo en seguida. (Héctor saluda y se va.)

ESCENA V

El REY y LA REYNIE

LA REY. Reconozco en eso á mi Abate, que nunca se apura por nada.

REY Continuad.

LA REY. (Después de sentarse.) Aquí tocamos ya á la Corte, y ciertas revelaciones son tan dolorosas que el señor de Louvois opinaba que debíamos evitárselas á vuestra Majestad.

REY El Marqués se muestra harto celoso. No admito ninguna infracción á mis órdenes. He dicho, y es fuerza que tenga que repetirlo, que quiero saber la verdad. Toda la verdad. Y que se hará justicia sin consideración de nombre, rango, título, edad, ni sexo... Leed, señor de La Reynie, leed todos los nombres, sean cuales fueren.

LA REY. (Leyendo,) «Conde de Clermont-Lodéve, que sin esperar á mis arqueros ha desaparecido. Señora de Polignac, en el mismo caso. Señor Duque de Luxemburgo...

REY ¡El mariscal!

LA REY. Señoras de Grammont... de Vassé... de Roure... de Vivonne...

REY ¿También?

LA REY. Señor de Feuquieres... Condesa de Soissons, que esta madrugada se fugó.

REY Aconsejada por mí; á tal punto temí que fuese culpable. Es una debilidad de que acaso habré de dar cuenta á Dios y á mi pueblo. (Hace señas á La Reynie para que siga.)

LA REY. «Mariscala de Ferté... Duquesa de Bouillon y... excusad mi emoción, sir, jamás mi deber de Magistrado parecióme tan cruel... y señora... señora Marquesa de Montespan.

REY ¡La Marquesa!... Habéis perdido el juicio. (La Reynie de pié sin contestar pone sobre la mesa á la vista del Rey uno de los interrogatorios. El Rey lee tranquilamente las primeras líneas, luego deja ver su estupor con un gesto, mira el papel más de cerca para asegurarse de que ha leído bien. El Rey vuelve las hojas febrilmente, el pergamino tiembla en sus manos y al leer una revelación más abrumadora, lanza un grito sordo.) ¡No es posible!... ¡La Marquesa!.. ¡Todo esto son odiosas mentiras! (La Reynie le pone otro interrogatorio ante la vista del Rey, que se apodera de él con emoción creciente; se enjuga la frente, la boca; luego, sofocado y cerrando los ojos, deja caer la cabeza sobre el respaldo del sillón como si fuera á desfallecer.)

LA REY. (Inquieto viniendo rápidamente á la izquierda del Rey.) ¡Sir!... (Va á llamar. El Rey le detiene.) Al principio creímos que toda esa canalla calumniaba á la Marquesa para guardarse tras ella..

REY ¡Sí, eso debe ser!

LA REY. Desgraciadamente, sir; tal suposición no resiste al examen. Y los señores de Louvois y Colbert acabaron por estar de acuerdo conmigo.

REY Llamad al ujier de cámara. (La Reynie agita la campanilla que hay en la mesa del centro. El ujier aparece en la primera izquierda. El Rey procura aparentar tranquilidad.) La Marquesa de Montespan está de servicio con la Reina. Deseo hablarla en seguida. (El ujier saluda y se va.)

LA REY. Por lo demás, hay un testigo que confirma esos interrogatorios, sin conocerlos, y que no es sospechoso.

REY ¿El abate?

LA REY. Sí.

REY ¿Pero por qué no viene ese hombre? ¡Que venga!

LA REY (Viendo abrirse la puerta derecha.) Aquí está.

ESCENA VI

El REY, LA REYNIE y GRIFFARD. Héctor introduce á Griffard y espera las órdenes del Rey

REY Esperad mis órdenes en esa habitación, caballero. (Le indica la puerta segunda izquierda. Héctor saluda y se va.) Acercaos. (Griffard se acerca al centro.) ¿Estais seguro, absolutamente seguro, de lo que me dice el señor lugarteniente general?

GRIF. Si tuviera la menor duda, sir, ro hubiera insistido tanto en ser recibido por vuestra Majestad.

RER Así, pues, la persona que visteis en casa de la Voisin, ¿era la Marquesa de Montespan?

GRIF. Sí, señor.

REY ¿Y sabéis que en caso semejante el error es un crimen que castigaré severamente?

GRIF. Sé á cuánto me expongo por deber de conciencia. No acusaría á una mujer, por culpable que fuese, si no fuera por salvar á otra que es inocente. El señor de La Reynie puede decirlo á vuestra Majestad.

LA REY (Confirmando.) La señorita D'Ormoize. (Se dirige á la puerta izquierda.)

REY Tened en cuenta que una acusación tan grave exige pruebas convincentes.

GRIF. Una sola bastará, irrefutable.

REY Veámosla.

GRIF. ¡Que el Rey me perdone! Esa prueba tendrá más fuerza dándola la misma Marquesa de Montespan. (La Reynie, viendo al ugier abrir la puerta, va á él vivamente y le habla por lo bajo.)

LA REY Aquí llega la Marquesa.

REY Teneos apartado ahí. (Griffard va á la puerta segunda izquierda. La Reynie hace señas al ugier para que entre la Marquesa.)

ESCENA VII

El REY, LA REYNIE y la MONTESPAN

MONT. (Entrando muy tranquila.) ¿Vuestra Majestad me ha mandado llamar?

REY Sí, señora, para este asunto de los envenenamientos.

MONT. ¡Ah, sí! ¿Para comunicarme la condena de toda esa gente?

REY En efecto. Pero ante todo, tened la bondad de leer eso. (Le indica uno de los interrogatorios.)

MONT. (Acercándose á la mesa sorprendida y mirando al Rey.) ¿Estos papeles?

REY Sí.

MONT. (Toma un pergamino, lo lee y suelta la carcajada.) ¡Oh!... ¡Oh!... ¿Yo?... ¡Qué locura! ¿Y es el señor quien os ha traído este mamotreto? (Por La Reynie.)

REY ¿Tan divertido os parece?

MONT. No creeréis que voy á tomarlo por lo trágico. Ya recibí la visita de cierto abate, su cómplice, que me ofreció comprarle su silencio.

REY ¿No sería el abate Griffard?

MONT. Quizás. No le hago el honor de recordar su nombre.

REY ¿Y qué decía ese abate?

MONT. ¡Oh, desatinos! ¡Nada menos que denunciarme al señor! (A La Reynie.) ¿No os ha contado que me había visto en casa de esa adivinadora, en no sé qué ceremonia donde yo figuraba?

LA REY. Así me lo dijo, en efecto.

MONT. (Agriamente.) ¿Y se lo tolerasteis?

LA REY. Mi deber, señora, es oirlo todo.

MONT. (Con altivez.) Pues yo, señor, no os permito prestar oídos á embustes que me deshonran.

REY ¿Y á mí, señora, lo permitiréis?

MONT. (Turbada, volviéndose al Rey.) ¿Vuestra Majestad quiere...?

REY Quiero saber lo que haya.

MONT. ¿Podéis creerme capaz á mí?... ¿á mí?...

REY Creeré lo que me prueben. Si ese abate miente, lo pagará caro. Pero si dice verdad... (Sin que lo vea la Montespan hace señas á La Reynie de que venga Griffard. La Reynie va á buscarlo á la segunda izquierda.)

MONT. ¿Verdad esos horrores?

REY Es lo que vamos á ver. (A Griffard que aparece en la puerta.) Entrad, señor abate.

ESCENA VIII

DICHOS y GRIFFARD

MONT. (Volviéndose y viendo al abate.) ¿Ese hombre aquí? ¿Vuestra Majestad me impone la vista de ese miserable?

REY Debéis tener tanta prisa como yo, señora, de confundirle y de hacer triunfar vuestra inocencia.

MONT. No me someteré á una prueba indigna de mí. Ese hombre es un bandido. Yo lo afirmo y basta. Y no admito que se ponga en la balanza su palabra con la mía.

REY Y yo no admito, señora, que se os pueda acusar sin razón de semejantes infamias, sin ser cruelmente castigado.

MONT. Yo no me rebajaré á...

REY ¡Os ruego que os calléis!

MONT. Pero, sir... ¡Oh!

REY Más cerca, abate, más cerca. (Griffard avanza hasta quedar cerca de la mesa del centro.) ¿Afirmais la presencia de la Marquesa en la ceremonia de la otra noche?

GRIF. (Sencillamente.) La afirmo.

MONT. ¡Delante de mí! ¡Qué osadía! (Un gesto del Rey le corta la palabra.)

REY ¿Y decís tener una prueba de lo que afirmais? ¿Una prueba?

GRIF. Tan segura como vuestra Majestad pueda desearla.

MONT. ¡Oh! ¡Oh!

REY Decidla.

GRIF. Ayer mañana, sir, la hija de la Voisin entregó á la Deseillets ciertos polvos para la señora Marquesa de Montespan.

MONT. Es falso.

GRIF. (*Tranquilamente indicando el legajo.*) La declaración de esa joven está ahí. Esos polvos habían sido fabricados por la noche, después de la misa dicha á su intención.

MONT. (*Exasperada.*) ¿Y qué tengo yo que ver?...

REY (*Cortándole la palabra.*) Continuad.

GRIF. Siendo los mismos á que la señora había recurrido desde hace años para asegurarse el amor de vuestra Majestad.

MONT. (*Amenazadora, como para arrojarse sobre él.*) ¡Mientes, bribón, mientes! (*Un gesto del Rey la mantiene clavada en su sitio.*)

GRIF. (*Tranquilamente.*) Pero lo que la señora marquesa ignora es que los amigos de Fouquet, desesperados de obtener su libertad, han fraguado con la Voisin la muerte de vuestra Majestad. Y que sin saberlo la marquesa, esos polvos están envenenados. (*Exclamación sorda y movimiento del Rey y de La Reynie. La Montespan, aterrada, se apoya en el respaldo del sillón.*) Si la hija de la Voisin no trajo esos polvos... si la marquesa no es la heroína de la otra noche... si con ayuda de un lacayo á su devoción no ha hecho verter los polvos en esta bebida, (*Vierte la limonada en el vaso.*) todo cuanto yo afirmo no es sino error, mentira y calumnia. ¡Vuestra majestad puede beber esto sin repugnancia y sin temor! (*Aproxima el vaso hacia el Rey.*) ¡Pero si digo verdad, es la muerte!

REY (*Mirando á la Montespan.*) ¿Lo oís, señora?

MONT. (*Espantada.*) ¡Sí!... ¡Yo!... ¡yo!... (*El Rey da un paso hacia la mesa para coger el vaso. La Montespan se interpone vivamente, gritando.*) ¡No! ¡No bebas! (*Luego, aniquilada, cae sentada sobre el taburete, ante la mesa, llorando. Gran pausa. El Rey agita la campanilla y entra el Ujier.*)

REY (*Al Ujier.*) Acompañad á la señora marquesa. (*A la Montespan.*) Esperadme en vuestras habitaciones. (*La Montespan sale por la derecha.*)

ESCENA IX

El REY, GRIFFARD, LA REYNIE y HÉCTOR. A una seña del Rey, La Reynie se acerca

REY ¿La D'Ormoize sabe que la verdadera culpable es la marquesa?

LA REY. Lo ignora en absoluto, sir, lo mismo que mi sobrino.

REY ¿Que le tiene prometido casamiento, según me habéis dicho?

LA REY Sí, sir.

REY Que venga. (La Reynie va en busca de Héctor á la segunda izquierda.) Todo está aclarado, caballero. La señorita D'Ormoize es inocente.

HÉCTOR ¡Ah, sir, qué alegría para ella y para mí! (Reprimiéndose.) ¡Ah! ¡Perdonad!

REY ¡No! ¡No! (Escribiendo en un pergamino que tiene el sello real.) Vuestro júbilo me agrada y quiero proporcionaros el de ponerla en libertad. Llevaréis esto al gobernador de la Bastilla. (Entrega el pergamino.)

HÉCTOR ¿Vuestra Majestad me permite ir sin tardanza?

REY ¡Andad! ¡Andad! (Héctor, después de una profunda reverencia, corre á la puerta, pero la palabra del Rey le detiene.) Pero le debo yo también reparación. Voy á anunciar á la señora de Maintenon que mañana le presentaréis la señora de Tralage, á la cual doy cien mil escudos de dote. Yo firmaré en el contrato de boda.

HÉCTOR ¡Oh, sir! ¡Cuántas bondades!

ESCENA X

El REY, LA REYNIE y GRIFFARD

REY (Volviéndose hacia Griffard que se quedó completamente al fondo, inmóvil, le mira, y luego dice á media voz á La Reynie.) Sólo queda un testigo, ese abate, que es preciso que desaparezca

LA REY. ¡Oh, sir, vuestro salvador!

REY (Se levanta, viene al centro de la escena y hace seña á Griffard de que se acerque.) Señor abate... Sabéis muchas cosas que debiérais ignorar.

GRIF. (Con la mayor naturalidad.) ¿Yo, sir?... ¡Yo no sé nada!

REY (Sorprendido.) ¿Cómo?

GRIF Nada. Absolutamente nada.

REY Eso es hablar en razón. No salgáis de ahí y sepamos el precio de vuestra ignorancia.

GRIF. Mi libertad, sir, y es bastante.

REY ¡A vuestro gusto!... Pero no al mío.

GRIF Puesto que vuestra Majestád tiene la bondad de insistir, un pequeño empleo en la Biblioteca real colmaría mis deseos.

REY Lo tendréis y de los mejores. Y aun me considero en deuda. (Va á salir por la derecha y, deteniéndose junto á La Reynie, le dice.) Hasta mañana por la mañana, para quemar todo eso. (Por los interrogatorios.) Buenas noches, señores. (Se va. Griffard y La Reynie se miran y Griffard, mientras La Reynie recoge los papeles, se deja caer sentado en el sofá exclamando.)

GRIF ¡Uf!

LA REY. Ya estaréis tranquilo, abate.

GRIF. ¿Andará suelta la marquesa?

LA REY. Espera al rey en sus habitaciones.

GRIF. Entonces, tened la bondad de ponerme á sus pies.

LA REY. Adiós, abate.

GRIF. ¿Podré salir sin temor?

LA REY Os lo aseguro.

GRIF. Gracias. Señor la Reyne, sois un hombre.

LA REY. Abate, somos dos. (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas